

LA ESCENA

REVISTA TEATRAL

APARECE LOS JUEVES CON UNA OBRA DE ÉXITO

Obras publicadas hasta la fecha

AÑO PRIMERO

1. Mister Frank, Belisario Roldán (agotado). — 2. La loca del Azul, Enrique García Velloso (agotado). — 3. Suprema Venganza, Florencio Parravicini (agotado). — 4. Marido Caseros, Ricardo Hicken (agotado). — 5. La casa de las Morales, Roberto Cayol (agotado). — 6. Un Hombre, Francisco E. Collazo (agotado). — 7. En la tierra la paz y el amor, Enrique García Velloso (agotado). — 8. La Mujer fuerte, César Iglesias Paz. — 9. El sobrino de Malbrán, José León Pagano (agotado). — 10. El Caudillo, V. Martínez Cuitiño (agotado). — 11. Los Provincianos, Alberto Novión. — 12. Mayor prejuicio, José González Castillo. — 13. Conservatorio "La Armonía", A. Discépolo y R. De Rosa. — 14. Retazo, Darío Nicodemi, trad. de J. F. Escobar. — 15. La niña a la Moda, Belisario Roldán. — 16. El secreto de los otros, José León Pagano. — 17. El pariente político, Ricardo Hicken. — 18. El Diputado por mi pueblo, Defilippis Novoa. — 19. La pobre gente y Mano Santa, Florencio Sánchez (agotado). — 20. El campo alegre, José de Maturana. — Los hombres doctos, (Suplemento número 1), de Carlos Di Paoli. — 21. La vida inútil, de Carlos M. Pacheco. — 22. El Mascotón, Enrique García Velloso. — 23. Blasones de plata, José Antonio Saldías. — 24. El Chueco Pintos, R. J. De Rosa y A. Discépolo. — 25. La ley oculta, C. Martínez y Payva. — 26. Cosas de América, Ismael Cortinas. — 27. La Túnica de Fuego, Samule Linnig. — 28. El patio de los amores, Alberto Novión. — 29. Alma de Bohemio, F. Parravicini y H. Zurlo. — 30. Más allá de la vida, José León Pagano. — 31. Al campo, Nicolás Granada. — 32. Cain, Enrique García Velloso. — 33. Papá y Mamá, Ricardo Hicken. — 34. La llegada del Batallón, Julio Sánchez Gardel. — 35. Jaulas de oro, Roberto Cayol. — 36. La Rondalla, Víctor Pérez Petit. — 37. La casa de las fieras, José Antonio Saldías. — 38. El Grillete, José González Castillo. — 39. El último Caudillo, Tito Livio Poppa. — 40. Buenos Aires y A liquidar tocaren, César Iglesias Paz. — 41. Los Colombini, V. Martínez Cuitiño. — 42. Cantos rodados, Francisco Imhof (agotado). — 43. La Provincianita, Carlos Schaefer Gallo. — 44. Un yankee en lo de Ramona, Alfredo Méndez Caldeira. — 45. La hija dormida, Ricardo Hicken. — 46. El ilustre desconocido, Carlos Schaefer Gallo. — 47. El Príncipe Heredero, Julio Sánchez Gardel. — 48. El idolo rojo, P. Benjamin Aquino; La Cita, C. Goicoechea. — 49. El Conquistador de la imprevisión, Felipe Novoa y El Abanico, Carlos Schaefer Gallo. — 50. La rueda de los inútiles y Sin multa, Roberto L. Cayol. — 51. La flor del Pago, Alfredo Méndez Caldeira. — 52. Jesús Nazareno, Enrique García Velloso.

AÑO SEGUNDO

53. Don Cándido Buenafé, Ivo Pelay y Florencio Iriarte. — La importancia de ser hombre serio (Suplemento N.º 1), original de Oscar Wilde, traducción de Agustín Remón. — 54. Los derechos de la salud, Florencio Sánchez. — 55. El Señor Corregidor, Belisario Roldán. — 56. Adiós Juventud!, Joaquín de Vedia. — 57. Misia Pancha la Brava, y Cuidado con los ladrones!, Alberto Novión. — 58. Jaque al rey, Collazo e Insusti; Cuidado con las mujeres!, Francisco E. Collazo. — 59. La prueba de fuego, Arturo Giménez Pastor. — 60. Almas que luchan, José León Pagano. — 61. Instituto Internacional de Señoritas, Enrique García Velloso. Suplemento N.º 3: El Abanico de Lay Windermere, Oscar Wilde, traducción de Francisco José Bolla. — 62. El tío Diego, José León Pagano. — 63. Como la hiedra, C. Munizurria. — 64. La Casa de los Cuervos, novela de G. Martínez Zuñiría, traducida en verso por Ivo Pelay. — 65. Los Contagios, Belisario Roldán.

Precio 0.30

Imp. GURFINKEL, Montevideo 421.—Clichés La Zincográfica, Rivadavia 1615

Num. 66



LA ESCENA

REVISTA TEATRAL



MATILDE RIVERA

LA MONTONERA y Petit Salón

Poema heroico en 3 jornadas

Pieza en 3 cuadros

originales de JOSE ANTONIO SALDIAS

ANTIBACTER

- EL -

Desinfectante de los tiempos modernos

No toxico - No irritante

Instituto Biológico Argentino

BUENOS AIRES

Av. de Mayo 1288

FLORENCIO VARELA

F. C. S.

Crystal Palace

Corrientes 1550

U. T. 6533 Lib.

El Cine de los grandes estrenos

Insuperable salón para familias y el que reúne las exigencias de comodidad y confort.

Siendo nuestro sistema no escatimar esfuerzos a objeto de proporcionar a nuestro distinguido público las comodidades más exigentes, hacemos saber que para la estación actual tenemos instalado un modernísimo sistema de calefacción, el que nos permite templar la sala según lo requiera la temperatura, contando para ello con la instalación de 28 radiadores que funcionan constantemente.

Estrenos todos los días de las más selectas películas y de todas las marcas, como ser: Fot Film, Goldwyn, Vitagraph "Corón Azul", Fot Standard, Vitagraph Super de Lux y el insuperable programa de la casa Lepage de Max Glücksmann.

Orquesta clásica bajo la dirección del maestro Ausonio Pisani.

NOTA: — Los domingos en los matinées, a las 3 y 15, especial programa para el mundo infantil con reparto de juguetes.

AÑO II

Octubre 2 de 1919

N. 66

La Esceena

REVISTA TEATRAL

APARECE TODOS LOS JUEVES

Dirección y Administración
MONTEVIDEO 421
U. T. 2584 LIBERTAD

Fotógrafo
R COLISTRO

Administrador
JOSÉ COLETTI

Señor Don JOSE ANTONIO SALDIAS.

Distinguido escritor y amigo:

No quiero que se entibie la impresión ni que se borren las imágenes, que la lectura de "La Montonera" han despertado en mi espíritu,—con la evocación de los rudos guerreros gauchos y los cuadros del tiempo heroico,—sin expresarle mi complacencia por haber realizado la idea—enearecida a nuestros artistas en más de uno de mis libros—de llevar a la escena ese episodio romancesco de la muerte del caudillo Francisco Ramírez por defender a su dama y por su ideal de patria, en que se confundía el inextinguible cariño a la tierra natal que quería ver libre de todo extraño yugo.

Ramírez es la encarnación paladinesca del arraigado sentimiento terruñero de las multitudes campesinas, que no sabrían expresar correctamente lo que pensaban, pero que sabían y sentían hondo lo que no querían. Por eso su resistencia levantisca y la pródiga inmolación de su sangre valerosa salvaron la causa de la Revolución de Mayo, en las horas tormentosas de la anarquía interior y las zozobras y peligros del enemigo exterior, mientras las cabezas dirigentes del Directorio, creyéndolo todo perdido, concebían el devaneo quimérico del protectorado y la restauración monárquica con algún príncipe extranjero o un pobre aborígen descendiente de la dinastía incásica.

Lo confiesa el historiador don Vicente Fidel López; esos rudos montoneros de los bosques litorales fueron los que trajeron al debate tremendo de las armas los problemas más adelantados y fecundos de la política constitucional y de la reorganización definitiva de la patria. Nuestros gauchos—dice en La Revolución Argentina, I, 55—fueron la encarnación original de las fuerzas intrínsecas del país, en cuyas manos cayó el encargo de sacarnos de las mallas unitarias del virreinato, para transportarnos a la república federal definitiva, que forma el vasto asiento de nuestros progresos en las vías de una civilización orgánica y liberal.

Democracia de bárbaros, se ha dicho; pero a los que no puede negárseles el instinto y la sagacidad de miras hacia el gobierno de lo propio y la soberanía del país, que no pensaron jamás en entregar a manos extranjeras, que defendieron al contrario con el hierro de sus lanzas de roja banderola, y la afianzaron elaborando con sangre y sacrificios el concepto del gobierno y de nuestra nacionalidad formulado por los constituyentes del '52. Hoy empieza a hacerse justicia en la cátedra y en el libro; y las sombras atradas que el menosprecio y el prejuicio amontonó sobre ellos, se van disipando al descubrir que no eran solo apetitos de predominio lo que los lanzó a la aventura, sino un ideal de patria argentina, con toda la emoción y el amor del espíritu territorial...

Por eso estimo empresa meritoria la de ir a remover esas imágenes olvidadas, como lo ha hecho Vd. trayendo a la luz del escenario la figura pujante del paladín de las selvas entrerrianas,—a quien sus contemporáneos le nombraban el "Supremo",—con toda la rudeza del ambiente campestre y el aire brusco y arrestado de las gentes que capitaneaba, para hacer revivir ante la mirada del espectador de la cosmópolis metropolitana, aquellos hombres extraños por la indumentaria y el fuego de sus pasiones y ardimientos primitivos que parecen de un tiempo de leyenda; pues son en realidad de la leyenda que mecía la cuna de nuestra nacionalidad.

Pienso que los escollos del drama histórico,—tan difíciles de salvar en el reducido escenario teatral que achica la visión panorámica,—han sido salvados en esta obra reveladora de la destreza técnica del autor de "El distinguido ciudadano" y "El caballo de Bastos".

Al escuchar su lectura, cuando el diálogo se enardecía creí percibir rumores de campamento, las notas del clarín que mandaba a la muerte, el rebullir brusco de la hueste preparándose para el próximo encuentro, el estridor de las armas y el choque de los jinetes altaneros; y luego la gran voz del caudillo montaráz—cercado por el ejército enemigo con el abismo del Paraná a la espalda—que ha quedado famosa: "A morir, de aquí no hay retirada!..." Y ese rayo de pasión selvática e intensa que dilata el corazón del formidable guerrero y alumbra con la postrer llamarada el lúgubre cuadro de la matanza, cuando salta como un león en medio del círculo de enemigos y rinde caballerezcamente la vida para salvar a la mujer amada...

La escena final es ruda y magnífica; tiene la fuerza evocativa de su áspera belleza trágica.

Con los mejores augurios de triunfo le reitero mi felicitación calurosa, al verlo llevar a la escena del teatro nacional,—un tanto apartado de aquel ideal que acariciamos los modestos cultores de ayer,—estas imágenes del pasado que tienen el encanto de hablar al espíritu de la patria vieja. Hace mucho tiempo que me tentaba la idea de dramatizar esa vida oscura y romancesca—tan atrayente y tan nuestra—cuyo perfil bosquejé en "Montaráz"; pero, me intimidó el gusto del público desviado hacia otros rumbos... Ya puede imaginar mi contento de que Vd. haya tenido el coraje de realizarla conociendo los riesgos de esta empresa valiente de montonero, en que ojalá le acompañe el aura propicia. Le estrecha la mano su amigo

MARTINIANO LEGUIZAMON

Hoy 15 de Setiembre, 1919.

LA MONTONERA

Poema heroico en tres jornadas de **José Antonio Saldías**
Estrenado en el Teatro Politeama de esta capital el 18 de Setiembre
de 1919 por la compañía argentina Rivera-De Rosas

A don MARTINIANO LEGUIZAMON
cariñosamente

J. A. S.

REPARTO

GENERAL FRANCISCO RAMIREZ
COMANDANTE MEDINA
CORONEL GALARZA
CAPITAN MORALES
SARGENTO RAMALLON
YATER
PADRE MONTERROSO
TENIENTE RIVAS
CORONEL MANSILLA
DOÑA DELFINA
LA DRAGONA CANDELARIA
ESTELA
GASTELLU
MONTONEROS

LA ACCION EN 1821

DESCRIPCION DE PERSONAJES

RAMIREZ.—34 años. Cabello renegrido echado hacia atrás. Patillas a la pernil. El resto del rostro, afeitado. Cejas pobladas. Ojos imperativos. Movimientos bruscos. Viste casaca militar azul, abierta, chaleco rojo y corbatín rojo. Pantalón angosto con vivos rojos. Sombrero blando de anchas alas, con divisa roja. Poncho de paño punzó abierto en forma de capa. Ancha espada corva. Pistolas. Lanza flexible de doble media luna, con pasadores de plata cincelados. Fuertes botas de cuero de alta caña. Grandes espuelas de plata.

DELFINA.—20 años. Blanca. Pelo castaño. Hermosa. Viste ajustada casaca, corbatín de encajes. Pollera de ancho vuelo. Botas, sombrero de fieltro negro de anchas alas. Aros y alhajas de antiguo estilo. Guantes de cuero habano con puñera recubierta de piel de jaguar. Pistolas en el cinturón.

SOLDADOS.—(Dragones). Barba entera y larga. Cabellera que cae en trenza. En las orejas aros de metal. Un pañuelo de colores sujeta la trenza.

Usan morrión de cuero con una pluma de avestruz. Chaquetilla y pantalón azul. Botas altas y sable ancho y pistolas o trabucos.

OTROS SOLDADOS.—Bombachas. Botas de potro. Grandes espuelas. Chaquetilla azul con solapas rojas. Poncho. Chambergo o kepi.

OFICIALES.—A excepción de las capas o ponchos que serán azules o de vicuña el mismo traje del general Ramírez. Diferenciándose también los galones de los cuellos o de las botamangas.

DRAGONA CANDELARIA.—Vieja entrerriana cincuentona. Vestirá "a piacere". Se cubrirá con un ponchito humilde. Llevará grandes bolsillos donde guarda cigarros paraguayitos, hilas, hojas medicinales, y lo que indicará oportunamente. Limeta de ginebra, etc.

ESTELA.—Chinita de rara belleza. Dos grandes trenzas de cabello negro. Rodea la cabeza una vincha roja. Usa un bolso que pende de dos correones donde lleva utensillos para curaciones y un pequeño espejo de plata.

YATER.—Cabello y bigote rojo. Cara tostada. Usa aros de metal. Bombachas. botas de potro, gorra de campaña, ponchito, chaqueta azul con solapas rojas descoloridas. Grandes espuelas. Un par de pistolas de caballería y un gran sable de vaina mohosa, pendiente de un cinturón de cuero bruto.

GALARZA.—Es blanco, alto y buen mozo, viste al estilo de los oficiales.

MEDINA.—Achinado, ojos pequeños, vivísimos, bigotillo y barbilla rala y enmarañada.

FRAY ESTEBAN.—Hombre joven, tranquilo. Habla con pausa.

GASTELLU.—Barba entera y cara canallezca.

Los demás personajes ajustándose a la vestimenta, pueden componer su tipo "a piacere".

ACTO PRIMERO

La escena representa un paraje arbolado, en primer término el claro de un bosque. En lontananza, un pajonal y el trazo accidentado de una serie escalonada de cuchillas. En primer término algunos árboles centenarios abrazados por las lianas y enredaderas. Afirmada en un tronco, una carpa formada con ponchos en el lateral derecha. En segundo término al centro, un fogón con utensillos de mate y sobre una playa del lateral izquierdo, tapizada de trébol, están clavadas ocho lanzas en pabellones sosteniendo una bandera argentina cruzada por una faja roja. Troncos de árbol cortados servirán de asientos. Frente a la carpa del lateral derecha, dos recados en el suelo.

ESCENA I

DELFINA Y RAMÍREZ.

RAMÍREZ.—(Atiende a Delfina que apoyada en un árbol solloza). ¡No llores más! ¡No quiero que llores!...

DELFINA.—Si no lo quisiera me daría venia para seguirlo adonde fuera.

RAMÍREZ.—Es que esta guerra es mala. ¿No comprendes?... No sabes que esta es guerra de mataderos? Que al lado mío corres peligro...

DELFINA.—(Abrazándolo). Si mi gloria es compartir sus peligros, sus tristezas, sus apuros. Si una mala bala lo hiriera no quiero que nadie más que yo restañe su herida, recoja su sangre... ¡No quiero!...

RAMÍREZ.—Esta tarde te mataron el caballo y si Ramallón no está

listo y te ofrece el suyo para hacerse achurar... te hubieran... muerto. Y muerta vos, que sería de mí! Hágame caso...

DELFINA.—Ramírez... No quiero abandonarlo. No quiero. Si Vd. dice que se apena con mis penas ¿cómo las provoca con esa negativa suya?

RAMÍREZ.—Basta! Ya le he dicho que no quiero que me siga...

DELFINA.—¡Ramírez!

RAMÍREZ.—Si sos pa mí como el regazo santo de mi madre, si es tu pecho el consuelo de mis fatigas, de mis penas, si estu espíritu el confidente de mis esperanzas y de mis ambiciones; como voy a dejar que mueran ese regazo, que hieran ese pecho, que maten ese espíritu?

DELFINA.—Pero si es Vd. para mí más que todo eso porqué es la vida; como van a separarse de Vd? Muerta? De otra manera no lo consentiré jamás...

RAMÍREZ.—Nunca he sentido y desde el año diez vivo en los campamentos, la angustia inmensa de perder un combate o necesitar una retirada, creo que por estar vos que sos para mí lo más santo y grande del mundo después de mi tierra, sería mi pecho la bandera, el escuadrón que cubriera una retirada.

DELFINA.—(Abrazándose). Pecho noble y fuerte que tiene vibraciones y romantisismos de selva virgen, valiente montonero de mi tierra, más valiente que todos, sin ti yo me muriera... (Quedan en éxtasis).

(Pasa Estela por el foro. Vé la escena y se marcha tristemente. Suena un clarín, las dianas de una victoria. Se oye un tropel).

RAMÍREZ.—(Trans.). Son mis bravos que llegan... (mirando a la derecha). Los guachos...

ESCENA II

DICHOS y MEDINA.

MEDINA.—General! Cumplida la orden!...

RAMÍREZ.—Les habrá quedado ganas?

MEDINA.—No lo creo general. Tenemos prisioneros y pasaos...

RAMÍREZ.—De seguro que es gente de la división de Arredondo. (pausa). (Con intención). Hay algún despenao?... (Medina baja la cabeza). Comandante Medina! Qué es eso?... Mis órdenes son terminantes!...

MEDINA.—General! Atienda a mi soldado. Si después de escucharlo merecemos castigo lo pido para los dos, mi general...

RAMÍREZ.—A ver!

MEDINA.—(Hacia adentro). Soldado Ramallón...

RAMÍREZ.—Ramallón?

DELFINA.—Ramallón! General el que me dió el caballo...

ESCENA III

DICHOS y RAMALLON.

RAMALLON.—Mi General!

RAMÍREZ.—¡Sargento Ramallón!...

RAMALLON.—Yo General... ¿Sargento?

RAMÍREZ.—Cúmpleme, Sargento Ramallón, agradecerle en nombre de esta dama y de Entre Ríos lo que por ella hizo en el combate de esta tarde...

RAMALLON.—¡Mi General! ¡Señora!

RAMÍREZ.—Como mis órdenes son terminantes le comunico que va a ser fusilado si después de oírlo no me satisface su explicación. ¿Porqué ha matado a ese enemigo?... No he dicho a todo el ejército que los sables no deben desenvainarse sinó para volverlos a envainar con honor, o morir? Los asesinos no merecen ser soldados del General Ramírez... Hable Sargento!...

DELFINA.—Ramírez, clemencia!...

RAMÍREZ.—Señora!... (La inmoviliza). Hable Sargento!...

RAMALLON.—General!... Cuando nuestra partida peleó aquella tarde mandada por el comandante Medina, traíamos tuitos aquí dentro del alma, un dolor, una pena... Habíamos visto como las hordas llegando a nuestros campos, quemaban los ranchos, arriaban las haciendas, mataban a los nuestros, atropellaban a las mujeres... Tuitos nos juntamos pa vengar las

afrentas y así peleamos, en el combate primero, el de aquella tarde de las Güachas en que cada lanzazo era un dolor que se cobraba... Usted general nos enseñó después... que era más linda que la venganza el amor al terruño, y tuitos lo creímos, porqué en este suelo habíamos nacido, y porque a este suelo habían manchado con sangre inocente los bandidos que convirtieron en tapera nuestros ranchos, en cenizas nuestros afectos... Hoy en el entrevero vide un indio alto y forzado que peleaba como un león. ¡Lindo el indio! En un pronto lo vide acercarse a la señora Delfina, vide un reflejo raro en sus ojos y lo reconocí. Fué el mismo que había manoseado a mi prenda, que había degollado a mi madre... monté a la señora en ancas, la saqué del peligro y lo busqué con afán... en la persecución di con él, lo saqué pa un bosquecito y ahí me encontró peleando el comandante Medina, lo herí y cayó... Pero general, aquel indio no podía morir como un igual, como un hombre, ese era un tigre... Me acordé de su orden, pero general, me acordé también de mi madre, de mi prenda... y lo degollé. Si general, lo degollé, como Vd. lo hubiera hecho si le matan a su madrecita; si le manosean a su prenda... Y aura, jusilemé general... jusilemé! (pausa).

RAMIREZ.—(Emocionado). Ya me extrañaba que un bravo como Vd., sargento, no fuera de ley. Comandante; en la orden del día que conste el ascenso. (Le da la mano a Ramallón).

RAMALLÓN.—General!...

DELFINA.—(Le estrecha la mano). Gracias, Sargento!

RAMALLÓN.—(Besándosela. Una lágrima que trata de ocultar. Aparte). Yo creí que me había olvidado de llorar.

RAMIREZ.—Vaya a su puesto, Sargento...

RAMALLÓN.—A la orden mi general... (mutis).

RAMIREZ.—Acampe allí comandante. ¿Quedó la división en el vado del río?

MEDINA.—Sí, mi general!

RAMIREZ.—Que duerman preparados a todo...

MEDINA.—Muy bien mi general. Nosotros ya hemos cambiado caballo.

RAMIREZ.—El coronel Galarza?

MEDINA.—Acampó en las barrancas...

RAMIREZ.—Establézcame servicio de chasques y de ordenanzas, lo necesito al teniente Rivas para que lleve un oficio a mi hermano don Ricardo López Jordán. Necesito que el coronel Romualdo García embarque artillería e infantería para tomar Santa Fe junto con Mansilla. Y Vd. comandante, mañana con ochenta hombres va a tomar Coronda...

MEDINA.—Así se hará general!...

RAMIREZ.—Vaya comandante...

MEDINA.—A la orden general!... (mutis).

ESCENA IV

DICHOS y CANDELARIA.

DELFINA.—(Al sacarse el poncho Ramírez, notándole una herida en el brazo). Ramírez! Lo han herido. No siente nada?

RAMIREZ.—Dónde?

DELFINA.—(Enseñándole). Aquí... No vé...?

RAMIREZ.—No he sentido nada...

DELFINA.—Ha sido seguramente cuando alzó en ancas a la Estela.

RAMIREZ.—Seguramente. Que peligro corrió la pobre. Pero ha sido un refilón nomás...

CANDELARIA.—(Entrando). General!... Ahí vienen los heridos, con el padre Monterroso. Al Teniente Chico, de Gualaguay lo han baleado fiero lo mismo que al Teniente Millan... Está herido?... Vd. también cayó en la voltereta? Quiere que le ponga una hoja e tuna?

RAMIREZ.—No, no es nada vieja. Atienda a los otros...

DELFINA.—Atesé por lo menos este pañuelo! (Ramírez ofrece el brazo, ella se lo ata. Véase Candelaria).

(Por el segundo término pasan varios heridos en camillas hechas con ramas de árboles y ponchos).

RAMIREZ.—Pasen. No es nada. Hoy también he caído yo. (al paso de un herido). Teniente Chico, lo ví pelear...

HERIDO.—General!...

RAMIREZ.—No se mueva... (Sacándose el sombrero y abrazándolo).

HERIDO.—Está herido, General?

RAMIREZ.—No es nada; un rasguño.

HERIDO.—(Agitándose). Viva el ge... ne... ral... Rami...

RAMIREZ.—Viva Entre Ríos, teniente! (Hace gesto; se llevan al herido desmayado). Bravo mozo!... Es de la división de Galarza.

ESCENA V

DICHOS, MONTERROSO, MEDINA y RIVAS.

DELFINA.—Que es de las mejores de su ejército.

RAMIREZ.—Todos, todos son guapos... Así... así se hace patria... Con montoneros, con gauchos... (Pasa un herido que hace la venia; el general contesta). Con estos bravos vamos a hacer los gauchos la gran obra de la organización nacional, no con esos "dotorcitos y leguleyos" que se pasan pavipolleando en Buenos Aires...

MONTERROSO.—(Que se ha incorporado con Medina y el Teniente Rivas). Ellos son la ley, el derecho...

RAMIREZ.—Muy bien, padre! Serán la ley de la ciudad, nosotros encarnamos el ideal de las provincias que también son la patria... Nosotros para ellos somos los montoneros alzaos porque no acatamos al Director...

FRAY.—No olvide V. S. que el Director es supremo...

RAMIREZ.—Padre Esteban; Supremo es Dios y eso quien sabe... Supremas son las aspiraciones de los pueblos oprimidos. Suprema es esta cruzada que encabezo. Aquí, el único supremo soy yo, Padre... ¿Qué querían otra vez los hombres del Directorio? Yo he cumplido lealmente el tratado del Pilar. ¿Porqué quieren hacerme la guerra entonces? ¿Para qué confían un ejército a La Madrid? Para pelearme sin motivo, por humillarme. Solo lo conseguirán con mi muerte. ¿Quieren derramar más sangre de hermanos! Ah! Pero la lanza que los venció en el Saucecito, en Santa Bárbara y Las Averías, esta lanza de Cepeda no se ha quebrado en mi brazo... ¿Quieren sangre? la tendrán. Mis bravos gauchos tampoco tienen cansado el brazo. (Transición y a un herido). Cómo ¿me lo han herido al Capitán Morales? No se muera Sargento Mayor Morales... que lo necesito para atacar a Buenos Aires...

HERIDO.—A la orden, general!... (Se lo llevan).

(Al empezar esta escena, entran según se indique varios soldados. Unos montarán guardia. Otros clavarán sus lanzas en el suelo y prenderán fuego para tomar mate).

ESCENA VI

DICHOS y CANDELARIA.

CANDELARIA.—General! Allicito mesmo está boqueando el teniente Millan...

RAMIREZ.—Vos lo atendiste, Candelaria?

CANDELARIA.—Y sinó, mi general! Quien sinó la Candelaria ayuda a bien morir a los que vuelan p'al cielo; quien la que alcanza la limeta entre las balas a los guapos que pelean, moja los labios de los heridos que consume la fiebre o pone una hoja medicinal en una herida...

RAMIREZ.—Mozo guapo!... ¿Pero cómo ha sido Candelaria? No podés hacer nada por él?

CANDELARIA.—Nadita, general. El lanzazo jué recio. Agonizando lo trajeron hasta aquí porqué el dijo que quería saludarlo por última vez...

RAMIREZ.—¿Dónde está?

CANDELARIA.—(Señala). Allí... No lo pueden traer hasta aca porqué sufre mucho. En nombre del teniente Millan yo le pido al general Ramírez, venia, pa que Francisco Ramírez vaya a recibir su último abrazo...

RAMIREZ.—Dragona Candelaria... El general Ramírez va a saludar a su bravo oficial! (a Delfina). Espere un momento aquí.

(Sale RAMIREZ, MONTEROSO, MEDINA, RIVAS y otros oficiales y soldados. Quedan los de guardia y doña DELFINA. A poco aparece ESTELA por el foro).

ESCENA VII
DELFINA y ESTELA.

DELFINA.—¿Qué hace allí? ¿A quién sigue?

ESTELA.—(Se ruboriza). A nadie...

DELFINA.—No dice verdad. Porque miente? A quién sigue?

ESTELA.—A nadie señora. Ha sido por curiosidad. He visto que casi todos iban p'allá y yo también. (Pausa).

DELFINA.—(Mirándola intensamente). ¿Vd. sabe que yo quiero mucho al general?

ESTELA.—Oh, si señora... Yo lo sé y me pongo muy contenta...

DELFINA.—¿Cómo así?

ESTELA.—Si señora, porque el general es tan güeno, tan valiente, tan buen gaúcho que merece que lo quieran mucho, mucho... Claro... que al general, Vd. lo puede querer así...

DELFINA.—Como...

ESTELA.—Si señora... El general mira sus ojos porque son los más lindos del mundo y su cara porque nsté parece una virgen linda que había en la iglesia donde a mi me bautizaron...

DELFINA.—¿Era muy linda esa virgen?

ESTELA.—Oh, si señora! Tan linda que a los chicos de mi pueblo cuando lloran los llevan frente a ella y los chicos enseguida dejan de llorar, sonrien y haciéndole así con las manitas parece que la llaman...

DELFINA.—Y usted lo quiere al general?

ESTELA.—(Rápida, sin dejar terminar la frase). Oh, sí... señora!... (Estremecimiento de Delfina). Cómo no quererlo?... Si yo creo que unicamente esos hombres malos que mataron a mi mamita y a mis hermanos pueden no quererlo y hacerle la guerra.

DELFINA.—Que sería capaz de dar por él?

ESTELA.—La vida; mi sangre gota a gota...

DELFINA.—(aparte). Lo mismo que yo. (pausa).

ESTELA.—Yo en la pelea lo sigo, lo cuido, él la cuida a Vd. yo a los dos. Hoy cuando Ramallón la subió en ancas a Vd. yo lo vide en peligro y me acerqué, quería que las lanzas no encontraran su pecho sinó el mío. Dice Candelaria, que si matan al general, Entre Rios va a ser como un gran campo santo y ha de ser cierto, no más... En un pronto sentí que me soliviantaban creí que fuera algún enemigo. Era el mesmíto general que me sacaba del peligro. Por eso señora, porque tengo mucha vergüenza y porque quiero tanto al general, es que quería verlo pa pedirle perdón. Lo han herido por mí...

DELFINA.—(aparte). Por ella... (pausa). Ahora ha de volver el general. Espereló...

ESTELA.—¿Sí? ¿Vd. me dá licencia pa que le diga, pa que le pida perdón?... Ya sabía yo que usté iba a ser muy güena... Gracias señora... (le besa las manos).

ESCENA VIII
DICHOS y CANDELARIA.

CANDELARIA.—Cataplúm!... A que ha metido la pata la gurisa esta... Ya la metió hasta el cuadril. (tose). Mi señora doña Delfina...

DELFINA.—Ah, eras tú Candelaria... El general?...

CANDELARIA.—Ahí está, conferenciando con Galarza. Creo que tenemos que tomar Santa Fe pa dir despues a Guenos Aires a sacudirle el polvo a los doctoritos esos de allá...

DELFINA.—¿Cómo sabés eso?

CANDELARIA.—Porqué le oí al general recién decir que García y Mansilla van a llevar los cañones y los barcos pa tomar Santa Fe... Galarza dice que Mansilla no vá a dir. Y güeno, porteño el mozo Mansilla... Como

va a dir contra su pueblo? (aparte). Que habrán habiao éstas...? Siento olor a quemao!...

DELFINA.—Parece que estás muy enterada de todo lo que ocurre...

CANDELARIA.—Pero como nó, mi señora doña Delfina, con decirle que el día que el general la trajo al ejército a Vd. yo había prendido dos velones de sebo a la santísima Virgen de Itatí... Naide más que Galarza lo sabía y yo ya sabía que Vd. era linda como flor del aire y que tenía esos ojos tan dulzones, como que el general la soñaba en voz alta y cuando le agarró aquel catarro tumbador, deliraba con su amada Delfina. Chaladito mi don Pancho!

DELFINA.—Que Candelaria ésta!...

CANDELARIA.—Y vos que hacés aquí? A que has estado diciendo pavadas a mi señora doña Delfina, que Dios guarde!...

DELFINA.—Al contrario; me ha dicho muchas cosas bonitas e ingenuas. Me ha contado que lo quiere mucho al general...

CANDELARIA.—¿No te digo? Cosas de ésta, mi señora, doña Delfina... Cosas de ésta que no debía ni levantar los ojos del suelo pa mirarlo... se ha creído... ande brilla el sol suebran los candelis mi hijita... ¡Pedile perdón a mi señora doña Delfina!...

DELFINA.—¿Porqué? Yo entiendo perfectamente su cariño. Es un amor contemplativo, es una veneración, y ninguna mujer tiene derecho de impedir que quieran a su hombre, muy al contrario, los cariños que él provoca, deben halagarla...

CANDELARIA.—Bien dicho; mi señora doña Delfina! (dándole la mano). Perdón que le machuque así, yo soy muy franca; la dragona Candelaria Maciel hace esto porque se le dá la gana y porque la quiere mi señora... ¿Y vos?...

ESTELA.—Estoy esperando al general pa pedirle perdón por haberlo puesto en peligro. Tengo permiso de la señora...

CANDELARIA.—Christ!

ESCENA IX
DICHOS, RAMIREZ, MEDINA, RIVAS, MONTEROSO, Soldados, Coronel GALARZA.

Uno de los soldados de la guardia ceba mate.

RAMIREZ.—Este oficio, teniente Rivas, debe llegar a manos de mi hermano don Ricardo López Jordán. Saldrá inmediatamente y volverá con la división de García.

RIVAS.—Muy bien, general! Así se hará. La bendición, Padre... (Lo bendice. Todos se descubren).

MONTEROSO.—Vé con Dios, hijo mío... (Rivas saluda y váse).

RAMIREZ.—(A Galarza). Es uno de los bravos este muchacho... GALARZA.—No pudo elegir mejor, General...

RAMIREZ.—Facilita al comandante Medina ochenta hombres y mañana a primera hora sale Vd. comandante y se apodera de Córonda...

MEDINA.—Muy bien, mi general...

GALARZA.—Al Capitán Gorriti que se ponga a sus órdenes con los ochenta hombres...

MEDINA.—Está bien, coronel. Voy a disponerlo todo. (sale).

RAMIREZ.—(Viendo a Estela). Y vos gurisa, que andás queriendo. Acercate.

DELFINA.—Quiere hablarlo, general. No se animaba...

RAMIREZ.—Venga mi niñita, venga... Acerquesé que el general siempre tiene para la pobre guachita un cariñito de padre... (a Galarza). Te acordás Miguel?... (a Delfina). Su padre murió como un bravo... Que quería m'hijita? (la acaricia).

ESTELA.—(Delfina se estremese). General!... Yo quería pedirle perdón por haberlo hecho herir; si no hubiera sido por mí...

RAMIREZ.—Ya sabía que me ibas a pedir perdón... Eso no se hace, entrar así en el entrevero pa que la lanceen... Está mal hecho. Su puesto está al lado de los heridos, me entiende?

CANDELARIA.—No me la rete más, mi don Francisco que ya le hé de dar yo una güena reprimenda. M'aver su herida!...

RAMIREZ.—No es nada, un rasguño.
DELFINA.—Pudo ser más. No se puede quejar...
MONTERROSO.—Corrió mucho peligro, general?...
CANDELARIA.—Si lo han herido al general, figuresé padre!... Tuitos le tiran a él. No se puede ser general aunque se afaiten la barba ja... ja...!
GALARZA.—Dragona Candelaria!...
CANDELARIA.—(sería de pronto). Ordene Coronel!...
RAMIREZ.—(riendo con ganas). Esa es una superchería tuya...
CANDELARIA.—Pero si queda más güen mozo, no es cierto, mi señora doña Delfina?

DELFINA.—Es cierto.
CANDELARIA.—Ya vé asina podrá como en esa ocasión dormir en un gallinero. La cabeza y la barba llenita e piojos. Del pelo se los seqüé yo, pero de la barba, con ese genio que tiene mi don Pancho que parece una ardilla, cuando quisimos acordar abajo la pera. Jui! Jui!...
GALARZA.—¡Dragona!
CANDELARIA.—A la órden, coronel!... (aparte). No me deja ni hablar éste Miguel...

RAMIREZ.—(a Estela). Ya sabe m'hijita, eh?
ESTELA.—Si general... Perdón...
CANDELARIA.—Perdónela general...
DELFINA.—Podés estar contenta, Candelaria. El general ha ofrendado su sangre por tu ahijada...
RAMIREZ.—Señora; he ofrendado mi sangre por Entre Ríos. También las mujeres hacen patria... Vaya m'hijita. (váse Estela).

ESCENA X

(RAMIREZ, GALARZA, DELFINA, CANDELARIA, MONTERROSO, YATER. Se oyen risas y carcajadas de los soldados, algunos dicharachos y aparece YATER por el foro lleno de barro y desmelenado).
RAMIREZ.—Yater. (risas).
CANDELARIA.—Se apareció la viuda!...
YATER.—Esto está dicho, yo... apareció el viuda...
RAMIREZ.—De dónde viene, amigo?
YATER.—Deja General, yo mete sable, mete sable, corre, corre esa gente, yo dice ahí vienen amigos. Quiso acorda de repente, busco gente de Medino, ni un chincho, apareció el viuda dije yó...
GALARZA.—Pero Vd. se cortó solo, pues... pa bolacear a su gusto. A que viene con una nueva hazaña...
YATER.—Mira Coronel Galarzo, deja habla mi... Hazaña? Hazaño está que parezca el viudo?...
RAMIREZ.—Pero que es eso?...
YATER.—Genieral. El viuda está un patrullo de gaucho que me vienen pasá el sablo por el cogote mie diciendo "violín-volión".
CANDELARIA.—Pero don, el "violín y violón" es un estrumento muy armonioso.

YATER.—Sargenta Canelario. Yo quisiero que usted toca un sinfonio. Mi baila, mi baila, sargenta... (risas).
GALARZA.—Y cómo se escapó?
YATER.—Mi dice; si mi hace el vivo mi moere. Mi dice... Yater, ti haces zonza. Cara mio ayudo...
GALARZA.—Lo dejaron dir por qué usted es sonsó, entonces?...
YATER.—Nou. Me dejan ir porqué sonso están ellos...
CANDELARIA.—Cuenta pues...
YATER.—Genieral mi dice?...
RAMIREZ.—A ver, esplayesé...
YATER.—Yo dice un mentiro de Vd...
RAMIREZ.—A ver como ha sido...
YATER.—Yo dice que si querían ellos yo dice aderenanza del por-veni...

GALARZA.—Y después?

YATER.—Yo dice que ese hombre vá a matá a usted...
CANDELARIA.—Al general?... Lambete que estás de güevo...
YATER.—Este hombre se pone contenta y dice... cuando?... Yo no sabía que deci y como venticinco de Mayo está cequita y este estaba capáz de tené hasta ese día dijo el 9 de Julio...
GALARZA.—Y después?
YATER.—Todos abrazan a este hombre, todos felecitan, chupan caña; cuando quisieron cordá yo estaba meta patita pa que te quiero...
GALARZA.—No le digo, general...
RAMIREZ.—Otro día, amigo Yater, pronostique el día de su muerte, eh? No vaya a ser que sea antes del 9 de Julio. Vaya nomás amigo.
YATER.—Pemiso, genieral! (saluda vásé a un vivac).

ESCENA XI

(Forman un grupo el padre MONTERROSO, CANDELARIA y DELFINA, y otro Ramirez y GALARZA).

GALARZA.—Santa Fe está desguarnecida general, pero ni Mansilla que irá sin ganas, ni García que no sirve más que pa obedecer van a tomarla.
RAMIREZ.—He notado que tenés demasiadas prevenciones con esos dos jefes...
GALARZA.—General Ramirez; su antiguo asistente, Miguel Gerónimo Galarza, hoy coronel de su ejército, es su mejor amigo. Nadie como él conoce a los hombres que lo rodean y va a verlo. La escuadrilla con Monteverde va a ser sacrificada y perdidos los barcos, nos va a ser más difícil después de la negativa de López atacar a Buenos Aires... Lamadrid está en el Arroyo del Medio...

RAMIREZ.—Eso es pan comido, no le van a quedar ganas de hacer vidalitas...
GALARZA.—Estamos contra todos y Carrera sabe que se las compone solo hasta que no está en peligro... Además Carrera...
RAMIREZ.—Basta! Prevenciones contra Carrera también?
GALARZA.—Usted sabe general que su tropa se compone de indios y de foragidos...
RAMIREZ.—Coronel!... A diana rumbiaremos para Santa Fe con toda la caballería...

GALARZA.—Así se hará, mi general!... (saluda y váse).

ESCENA XII

(RAMIREZ queda pensativo, se le acerca al padre MONTERROSO).
MONTERROSO.—General; ha quedado usted pensativo?
RAMIREZ.—Este Galarza... tiene cada cosa...
MONTERROSO.—El Coronel Galarza es capaz de muchas sensateces...
RAMIREZ.—La guerra, padre Esteban, se hace con el corazón, con la guapeza, con las lanzas...
MONTERROSO.—Y un poco con el seso.... Si el general me permitiera opinar...
RAMIREZ.—Hable padre, hable que mi paciencia es corta...
MONTERROSO.—El coronel Mansilla no va a tomar Santa Fe....
RAMIREZ.—¿Qué?
MONTERROSO.—(Activo). Lo dicho, general...
RAMIREZ.—¿Vd. lo sabe?... El coronel Mansilla es incapáz de una traición...

MONTERROSO.—He dicho otra cosa; que no va a tomar Santa Fe...
RAMIREZ.—¿Porqué?
MONTERROSO.—Porque tomar Santa Fe representa su adhesión en esta campaña contra Buenos Aires y Mansilla lo seguirá mientras no haga armas contra Buenos Aires que es su cuna...
RAMIREZ.—Padre Esteban! Vd. se olvida...
MONTERROSO.—General... (Insinuante) no se arrebate. Atiéndame.
RAMIREZ.—Oh!... Como escucho semejante cosa... como es posible... No, rechazo esa especie... No, Mansilla no... (siguen hablando).

CANDELARIA.—Mi señora doña Delfina... cuanto le digo es la mismísima verdad... Ya sé tuito cuanto puede ocurrirsele... Ya lo sé. Pero la Estela es una muchacha que el general quiere como una hija nada más... Como la hija de uno de los lanceros más guapos del general. Nada más... Ni se imagine otras cosas... (siguen hablando).

RAMIREZ.—Basta!

MONTERROSO.—Con permiso de V. S.... (Se retira).

CANDELARIA.—(que ha visto la retirada del padre). Andate ché Candelaria, que dicen que estás demás... Permiso... Hasta mañana... Mi señor don Pancho... (Ramírez no contesta). Mi señora doña Delfina... (váse haciendo aspavientos).

ESCENA XIII

RAMIREZ y DELFINA.

(Pausa... Ramírez ha quedado en la misma actitud pensativa. Delfina se va acercando despacio. Pasa curioseando Estela, sin ser vista. Por el foro.)

DELFINA.—Cuál es la pena, la contrariedad que acongoja a mi gauchito? Dígaselo a su confidente.

RAMIREZ.—No es pena, no es contrariedad; es presentimiento.

DELFINA.—Fatalismo? La selva predispone a creer en el mal agüero, la imaginación llena de fronda alberga los más raros pensamientos y las más absurdas concepciones.

RAMIREZ.—No. Nunca Galarza, como el padre Esteban, me han dado una impresión semejante con respecto a la conducta de un jefe que en esta campaña lleva toda la responsabilidad. ¿Porqué los dos creen lo mismo?... ¿Qué habrán visto... qué habrán oído? Después, al inglés Yater, ¿porqué se le ocurre esa engañifa y no otra?... Que me van a matar a mí... el nueve de Julio... sí... pero el diez va a estar temblando la selva...

DELFINA.—Vd. que dice siempre que soy su refugio, refugiesé en mi pecho, seguro de hallar el corazón que pleno de cariño lo espera siempre...

RAMIREZ.—Estos son los momentos fatales de los hombres que como yo viven luchando en este suelo; los que nos rodean toman aspectos de traidores, de ambiciosos que andan tendiendo el lazo. Uno se siente acorralado, vendido y entonces... entonces castiga sin asco, con saña...

DELFINA.—Venga, descanse; desde la madrugada está a caballo. Hay un poco de todo. Descanse un poco... Venga... (Arregla las pilchas. Pasa Estela. Delfina la vé y se sobresalta). Ramírez!...

RAMIREZ.—¿Qué dice?

DELFINA.—¿Qué quiere esa mujer?

RAMIREZ.—(Viéndola). No sé... ¿Porqué?

DELFINA.—Porqué siempre la veo detrás suyo, detrás nuestro, como si nos vigilara, como si atisbara. En el entrevero de hoy vió como estaba en peligro el general y como una alucinada corrió a poner su pecho frente a la lanza...

RAMIREZ.—Son suposiciones tuyas.

DELFINA.—Ella me lo ha dicho...

RAMIREZ.—Estela!

DELFINA.—Sí... ella me ha dicho eso y mucho más; Ramírez!... Siento unos celos enormes, grandes, angustiosos...

RAMIREZ.—Vamos. No digas eso. Esa chica es una pobrecita guachita que marcha con el ejército, sirviendo al cual su padre cayó como un bravo. Si ha llenado su alma de cariño por mí, no será más que un cariño de hija... nada más...

DELFINA.—No lo creo... pero Ramírez, ya le he dicho que Vd. es mi vida, si me faltara, si me falta Vd. yo me muero... (lo abraza).

RAMIREZ.—Las cosas que piensa esta cabecita loca. No me martirice más. No me diga más eso... Yo sueño con Vd... (Se dirigen a las pilchas que habrá en el suelo. Ramírez se acuesta y Delfina se sienta poniendo la cabeza sobre su regazo).

DELFINA.—¿Que bien me siento!...

RAMALLON.—Mi general!...

RAMIREZ.—¿Qué hay, sargento?

RAMALLON.—De uno de los vivac de Dragones piden permiso para cantar...

RAMIREZ.—Si cantan bien, desoló...

RAMALLON.—Muy bien, mi general...

RAMIREZ.—De repente se pone a cantar uno de esos y hay que hacerlo callar a azotes... (sonríe).

DELFINA.—(Pónele la mano sobre la frente). Duerma mi gauchito...

RAMIREZ.—Si prenda...

«Cierra los ojos; se escucha un canto aunque a cierta distancia, claro. Es completamente de noche. Callan todos los rumores. Estela, gateando por el lado opuesto de la carpa al que están RAMIREZ y DELFINA. Queda allí.)

ESTELA.—¿Que miedo!... ¡Si no lo quisiera tanto!

VOZ.—No te acordás prenda

vida mía

que en el corredor
me hicistes la ofrenda

vida mía

de tu fiel amor.

Como madre selva

vida mía

te abrasaste a mí

diciéndome mimosa

vida mía

yo te quiero a tí,

y la luna suave,

vida mía

nos iluminó,

mientras en los ojos

vida mía

te besaba yo...

«Cuando está por iniciarse la segunda, suenan las melancólicas notas del silencio. Se apagan los fuegos en los fogones. Se ven únicamente las siluetas de los centinelas.)

RAMIREZ.—Que lástima! Tan linda esa vidalita. Has oído Delfina? Como me gustaría escucharla otra vez...

ESTELA.—(aparte). Le gustaría escucharla otra vez... y ha tocado silencio... (canta levemente). No te acordás prenda... Vida mía, etc.

DELFINA.—(Asombrada mira para todos lados).

RAMIREZ.—(Con los ojos cerrados). Gracias Delfina... gracias. (La acaricia; ella se inclina a besarlo. Estela que los espía vé el movimiento, suspende el canto y mientras ellos se besan lanza un sollozo y cae lentamente al

TELON

Fin del primer acto.

SEGUNDO ACTO

A todo foro, el horizonte claro y limpio que vá iluminándose gradualmente. Es una madrugada del mes de Mayo. Rompimiento de árboles desde el tercer o cuarto término; una rampa delimita una de las riberas del río que se suponen barrancas. En primer término a la derecha una tapera en forma de cobertizo. En el suelo, frente al rancho unos troncos sirven de asiento.

ESCENA I
RAMIREZ y MANSILLA.

RAMIREZ.—(Pasea agitadamente. Mansilla lo observa). Quiere decir que Vd. no tomó Santa Fe porqué no se le ha ocurrió?

MANSILLA.—General! Yo le había reiterado mi intención de no hacer armas contra Buenos Aires...

RAMIREZ.—Santa Fe, coronel! Hablo de Santa Fe!...

MANSILLA.—Tomé las baterías de la costa...

RAMIREZ.—La ciudad de Santa Fe, coronel!...

MANSILLA.—Como la escuadrilla de Zopiola se aproximaba...

RAMIREZ.—Qué tiene que ver la escuadrilla aquí, coronel?

MANSILLA.—Era la escuadrilla de Buenos Aires...

RAMIREZ.—Apareció a los seis días. El tiempo suficiente para que yo entrara triunfante...

MANSILLA.—Yo no podía hacer armas contra la escuadrilla de Buenos Aires.

RAMIREZ.—Para qué es coronel de mi ejército?

MANSILLA.—Soy coronel de Buenos Aires, general!...

RAMIREZ.—Sirviendo a mi bandera...

MANSILLA.—Por eso, como amigo, le dije al general Ramírez que yo no pelearía contra mi provincia... Por eso cruzé a Paraná.

RAMIREZ.—Esas no eran mis órdenes!...

MANSILLA.—El general no atendió mis deseos...

RAMIREZ.—El general atiende solamente los deseos y las aspiraciones de la provincia de su mando... e impone los deseos de esos pueblos a los jefes que lo acompañan. Nadie lo engañó coronel Mansilla. Vdd. sabía a lo que iba. Vd. no cumplió... Nada más!...

MANSILLA.—Yo hice una intimación al Cabildo de Santa Fe para que tratara con Vd. general...

RAMIREZ.—Y como no fuera contestada, en lugar de tomar el Cabildo, disparé...

MANSILLA.—General!... (Gesto).

RAMIREZ.—(corresponde). Mansilla!... Es Francisco Ramírez quien lo dice!... (echa mano. pausa).

MANSILLA.—(reprimido). El coronel García y todos los jefes y oficiales que concurrieron a la junta de Guerra, opinaron, menos yo, que debíamos pasar a Paraná llevándonos todos los cañones tomados. Efectivamente, esa noche hice grandes fogatas a vanguardia y lo embarqué todo: Al día siguiente se festejó el hecho de armas...

RAMIREZ.—¿Qué hecho de armas? ¿La disparada?

MANSILLA.—General Ramírez!... Vd. no respetó mis resistencias a su idea de invadir mi provincia...

RAMIREZ.—Se hubiera ido del ejército si no estaba de acuerdo...

MANSILLA.—De dejar mi puesto en ese momento, la tropa se hubiera entregado al saqueo de Paraná...

RAMIREZ.—No crea coronel, Vd. no es capaz de impedir nada. Ya verá como su hecho de armas le vale algo. Por ejemplo, el ascenso a General...

MANSILLA.—General!...

RAMIREZ.—(terrible). O la gobernación de Entre Ríos! (pausa).

En cambio yo batía a La Madrid. (pausa) Oh, nunca lo hubiera creído!...

MANSILLA.—General, yo he procedido...

RAMIREZ.—Basta!...

MANSILLA.—Es que...

RAMIREZ.—Basta he dicho!... Basta!... Vd. ya no es jefe mío... Vd. es general de Buenos Aires...

MANSILLA.—Eh? (ademán).

RAMIREZ.—(idem). Lo dicho!... (Mansilla vacila, luego saluda silenciosamente y váse derecha. Queda pensativo. Aparece Galarza mirando alejarse a Mansilla).

ESCENA II
RAMIREZ y GALARZA

GALARZA.—Mi general!...

RAMIREZ.—Galarza!... Amigo mío... Como conforta encontrar un hombre a quien poder llamar amigo mío...

GALARZA.—Mi general!... Que es eso! Flojeando aura?

RAMIREZ.—Ni ahora, ni nunca! Pero cuando uno tiene ley por un amigo, cuando uno se haría achurar por él, cuando es capaz de todo, y siendo gaucho tiene a orgullo brindar su amistad, como no va a dolerle una deslealtad?...

GALARZA.—Mansilla?

RAMIREZ.—Sí.

GALARZA.—Yo se lo dije, general. Ya vé. Mientras nosotros después de cruzar el Paraná batíamos a La Madrid y a la caballería de López, Rosales con unos lanchones general, con unos lanchones se apoderaba de nuestra escuadrilla. Pero Mansilla estaba en salvo. Ha visto general, ha visto?...

RAMIREZ.—Bueno. Los lamentos no sirven pa nada. Ahora hay que buscar la unión con Carrera. A eso hay que dirigir todos los esfuerzos... (Galarza menea la cabeza como disconforme). Que es eso?... En estos momentos discutiendo órdenes?

GALARZA.—No general. Me guardaré muy bien de hacer ninguna observación.

RAMIREZ.—No ha llegado el sargento Ramallón?...

GALARZA.—Aún no, general...

RAMIREZ.—Que cuando llegue venga enseguida a verme...

GALARZA.—Así lo haré general... No tiene más que ordenar?

RAMIREZ.—No; puede retirarse. (Galarza saluda y váse. Pasa Estela por el foro. Al ver al general que estará de espaldas a ella, le tira un beso en la punta de los dedos. Ramírez se vuelve en este momento, casi la sorprende; ella corre al lateral y hace mutis. Ramírez vá al foro la observa y la sigue).

ESCENA III

CANDELARIA y RAMIREZ.

CANDELARIA.—(Que ha visto la escena). Cataplúm!... Y esto?... Con que aura salimos con estas?... Ta lindo!... Güeno, es tan donosa!... A ver, ahí se allega el general. A ver que me dice.

RAMIREZ.—(Entrando). Que chica esta! Ah, estabas ahí Candelaria?

CANDELARIA.—Efectivamente, aquí estoy general, a su orden, como desde el revoleón ese que le dimos a La Madrid el ocho, no se hace nada más que caminar, ahí ando yo extrañando la vida y engordando de puro holgazana...

RAMIREZ.—No tengás miedo, sargento Candelaria, ya vas a tener que hacer; este veinticinco e Mayo lo vamos a pasar bailando...

CANDELARIA.—Y quién va a tocar?

RAMIREZ.—El cantor de vidalitas...

CANDELARIA.—Jui! Jui!... Pero como le quedan ganas?... Debe haber estao a unto sin sal estas dos semanas... Jui, jui!...

RAMIREZ.—Decime Candelaria. (mirada precaucional).

CANDELARIA.—Mande general...

RAMIREZ.—La Estela...

CANDELARIA.—General...

RAMIREZ.—...que le dijo la otra vez a Delfina? Vos debés saberlo, y no debe ser moco e pavo porqué desde ese día la Delfina me cela continuamente con ella...

CANDELARIA.—Y no es pa menos...

RAMIREZ.—Si vos lo sabés contame...

CANDELARIA.—Lo menos que le dijo es que ella es capaz de dar su sangre por usted, gota a gota, hasta perder la vida...

RAMIREZ.—Eso dijo?...

CANDELARIA.—Y si nó? Vd. cree que le habrá hecho güen efecto a doña Delfina... al fin y al cabo... la Estela también es linda y lo quiere

al general... lo adora...

RAMIREZ.—Si, si... ya lo sé... pero yo...

CANDELARIA.—Pero mi don Francisco, Vd. lo que debe hacer es hablarla a la muchacha y...

RAMIREZ.—¿Cómo (Extrañado).

CANDELARIA.—... desengañarla... (taimada). Vea general, yo me doy cuenta que Vd. aquí a la vista y paciencia de todo el mundo no puede hacerlo, pero yo puedo prepararle una entrevista en una de sus recorridas por el campamento. (Pausa). Si es a la noche mejor, menos peligro... Quiere... (ansiosamente) eh?

RAMIREZ.—Yo...

CANDELARIA.—Pero general, así se desengaña de una vez la muchacha. Claro!

RAMIREZ.—Bueno; avísame entonces...

ESCENA IV

RAMIREZ, SOLDADO, SARGENTO RAMALLON.

SOLDADO.—Mi general!... El Sargento Ramallón...

RAMIREZ.—Dale paso... (saluda el soldado, y váse). Candelaria te largaste ya!...

CANDELARIA.—Como no, mi don Pancho... Entonces le vi avisar. (váse).

RAMALLON.—Presente mi general!...

RAMIREZ.—Novedades?

RAMALLON.—Y de bulto, general. El general La Madrid con mil quinientos hombres viene bordeando la costa del Paraná, seguramente pa colocarse a la retaguardia... Trae un refuerzo de Buenos Aires y plata en onzas para López...

RAMIREZ.—Cómo has averiguao todo eso?...

RAMALLON.—El hijo del baqueano es cuñado mío. Su padre se lo contó a él y yo que lo esperaba en la posta de Baltasar lo recogí de sus labios...

RAMIREZ.—Entonces no hay tiempo que perder. Llamame a Galarza y volvé a la división de Morales... A no achurar, eh?...

RAMALLON.—En seguida general. (Váse).

RAMIREZ.—Soldado!...

SOLDADO 1º.—Mi general!...

RAMIREZ.—A llamar al mayor Morales...

SOLDADO 1º.—En seguida general. (váse dirección opuesta derecha).

RAMIREZ.—Soldado!...

SOLDADO 2º.—General!...

RAMIREZ.—Llame al comandante Medina y al padre Monterroso; pronto!... (váse soldado 2º por izq.)

ESCENA V

RAMIREZ y DELFINA.

DELFINA.—Preparativos de marcha?

RAMIREZ.—No... de pelea... A La Madrid no se le han ido la ganas...

DELFINA.—(abrazándolo). Oh, Ramírez!... Otra vez... otra vez!... Durante quince días no ha habido sobresaltos, sangre, pelea... Empezamos de nuevo... seguimos?...

RAMIREZ.—Y seguiremos... Estoy dispuesto a no ahorrer alientos hasta que no los tenga dominados. Se han creído!...

DELFINA.—Oh, Dios mío!

RAMIREZ.—Si tiene tanto espanto yo le doy una escolta y se pone a salvo. Muchas veces se lo he dicho...

DELFINA.—Ramírez!... Como Vd. puede cerer... Si Vd. me lo mandara con quererlo y respetarlo, como lo quiero y lo respeto, le desobedecería...

RAMIREZ.—Gracias mi querida Delfina, gracias... Ahora es cuando necesito de todo tu apoyo moral. Ahora es cuando necesito los besos tuyos

sobre mi frente, las dulzuras del regazo donde descansar mi cabeza agitada por tormentas de pensamientos...

DELFINA.—Ahora si, ahora y siempre, como en la mañana de aquel día libertador en que montada en ancas me traje a las selvas, a correr su suerte, a compartir sus glorias y sus penas... Vida suya que adoro más que la mía. Corazón mío que se atormenta. Frente mía que late agitada y febril, luminosa...

RAMIREZ.—Como me hacen bien tus palabras. Siento en ellas la ternura grande de otras palabras de mujer, de otra mujer que me quiso mucho; de mi madre.

DELFINA.—Mi noble gaucho... Por ella juro sobre tu cabeza que mi amor, mi espíritu y yo toda, te acompañaré hasta que me quede un solo soplo de vida... (se abrazan).

ESCENA VI DICHOS y CANDELARIA.

CANDELARIA.—Mi general, como parece que va haber zarabanda y como no va a haber tiempo pa nada, le doy mi adiosito. Yo, como siempre me voy pal lao de los chumbos. Ande caen mis hombres y donde me necesitan pa una cura, pa un encargue o pa recordarles en el trance que hay un Dios y ayudarlos a bien morir. Ya sabe mi general...

RAMIREZ.—Bueno, dragona Candelaria ¿y cuando va para la línea?

CANDELARIA.—Enseguida que empiece el baile. Por si acaso general, quiero pedirle una cosa. Si los chumbos no me respetan y me tumban ricuérdese de mi y cuideméla a la gurisa; es la virgencita de los soldados. Llévela siempre a su lao. Pobrecita!...

RAMIREZ.—Perdó cuidao Candelaria...

CANDELARIA.—A la orden mi general!... Ahí llegan los jefes. Vía prepararme. Hasta ahurita. (váse).

ESCENA VII

RAMIREZ, DELFINA, GALARZA, MONTERROSO y MEDINA.

GALARZA.—Me llamaba general? Mi señora...

RAMIREZ.—Si; esperemos a los otros. (Ramallón pasa para derecha).

DELFINA.—Si son el padre Monterroso y Medina, ahí llegan.

RAMIREZ.—Efectivamente...

MONTERROSO.—(Usa sable y chambergo). Mande V. S.

RAMIREZ.—Persiste padre Monterroso en su idea?

MONTERROSO.—Cuando hay Oficiales que gozando de las simpatías del Jefe faltan a la amistad y a la palabra empeñada, no tienen otro remedio los "hombres amigos" que rodear al Jefe, sean militares o clérigos, cuando son hombres y son amigos...

GALARZA.—Bien dicho. (le estrecha la mano).

RAMIREZ.—Gracias amigo... (idem).

MEDINA.—A la orden general... (izq).

RAMIREZ.—(abrazándolo). Desde la sableada del otro día no nos veíamos.

MEDINA.—(emocionado). Cierito general...

RAMIREZ.—A ver... Aquí vamos a estar bien... (Convergen todos hacia la tapera, colocan los troncos y se sientan allí. Delfina queda en el foro, de espaldas al público; recoge piedras y las arroja al río).

ESCENA VIII DICHOS y MORALES.

RAMIREZ.—La Madrid se acerca con la intención de sorprenderme. Trae mil quinientos hombres.

MEDINA.—Estando preparados hagamosle el gusto. Que nos sorprendía no más!... Cuando ya no pueda ni sofrenar entonces entramos a punta de lanza...

MONTERROSO.—Los montecitos de la costa son propicios, con correrlos y tomar colocación... (siguen hablando. Entra derecha, Morales, Vé a Delfina. Queda un instante contemplándola. Luego se acerca a ella mirándola amorosamente.)

MORALES.—Señora!
 DELFINA.—Eh!...
 MORALES.—Mis perdones, señora si la he asustado. El general me mandó llamar...
 DELFINA.—Ah sí! Está reunido con Galarza, Medina y el Padre Monterroso ahí, en la tapera.
 MORALES.—Gracias señora y mil perdones...
 DELFINA.—Oh, no ha sido para tanto. (pausa). Está bien de sus heridas?...
 MORALES.—Si señora; muchas gracias.
 DELFINA.—Que mano tiene la Candelaria; mire que eran unos boquetes como para que se escapara el corazón...
 MORALES.—Lástima grande es que no se escapó. Al fin y al cabo pa lo que sirve...
 DELFINA.—Porqué dice eso?
 MORALES.—Ah, pero si no jué ayer, será mañana; pierda cuidao señora que no va a ser pa mucho tiempo...
 DELFINA.—Para mucho tiempo qué?...
 MORALES.—Que va a andar retorciéndome esta maua...
 DELFINA.—Pena de amor?
 MORALES.—Y si nó?
 DELFINA.—Se puede saber?
 MORALES.—Se puede, pero no... Es mejor que no la sepa... pa qué?... Se va a apenar... quien sabe!...
 DELFINA.—Es linda?
 MORALES.—Es... güeno... como Vd!... perdón señora...
 DELFINA.—Ella quiere?
 MORALES.—Quiere... Si, quiere. Como Vd., así quiere...
 DELFINA.—Como yó?... Entonces Vd. es feliz; si ella lo quiere...
 MORALES.—Quiere a otro hombre... Como...
 DELFINA.—Ay, ya sé quien es...
 MORALES.—Sabe? (ansioso.)
 DELFINA.—Sí; esa mujer es Estela.
 MORALES.—(decepcionado). Sí... es ella... (pausa).
 DELFINA.—(amargamente). Ya sabía yo... Esa mujer lo quiere al general...
 MORALES.—Lo que son las cosas... Nunca estamos contentos con nuestra suerte. Tuitos empeñaos en mirar pal sol; total, pa qué? Pa encandilarse... (pausa).
 DELFINA.—Bueno, vaya Mayor, no se demore; el general lo espera.
 MORALES.—Al momento señora. Con su licencia...
 DELFINA.—Hasta luego Mayor...
 MORALES.—Hasta luego (aparte) o adios... Será mejor; quien sabe!... (Va hacia el cobertizo. Intensa mirada antes de hacer mutis. Delfina se vuelve para seguir su entretenimiento. Morales vé un pañuelo que se le ha caído, lo recoge, lo besa, se lo guarda y hace su entrada al cobertizo. Candelaria quí ha visto la última parte de esta escena se queda haciendo cruces).
 RAMIREZ.—Sientesé Mayor... (se sienta Morales).

ESCENA IX DICHOS y CANDELARIA.

CANDELARIA.—Pero que vén mis ojos?... Pobre mozo!... Se va a hacer matar por ella... (a Delfina). Mi señora doña Delfina; quiere picotear un churrasco?... No le ha de venir mal. Parece que vamos a estar de baile y si hay persecución que no lo creo porqué no están los fletes pa un extraordinario, se va a andar con la panza chiflando hambruna...
 DELFINA.—Dónde está el manjar?
 CANDELARIA.—Allieito nomás... No vé el fueguito?
 DELFINA.—Bueno, vamos. (Vánse.)
 RAMIREZ.—Entonces Vd. comandante en el ala izquierda, Vd. mayor, en la derecha y Galarza al centro. Vd. Padre, con la reserva. Hay que tratar

de que las cargas sean unidas. La Madrid trae gente de Buenos Aires...

MEDINA.—Y los lomos doloridos...

RAMIREZ.—Además con ese dinero que trae para López se podrá dar una soldada a la tropa. (se levantan). Hasta la vista... (Venía y vñse por los sitios indicados. Morales derecha, Galarza y comandante Medina y padre Monterroso por la izquierda).

ESCENA X RAMIREZ y ESTELA.

(Estela que viene por la derecha primer término se encuentra con Ramírez en el cobertizo y queda avergonzada en su sitio).

RAMIREZ.—Ah pícara! Veni aquí...

ESTELA.—General! Perdón!...

RAMIREZ.—Venga, no le voy a hacer nada. Digamé, (Ella se aproxima él se sienta en un tronco). Que hacía Vd. hoy a mi espalda? Alguna brujería?...
 ESTELA.—Oh, no general!... (alarmada). Como pudo creer eso general? No Vd. no cree eso. Digamé que no general...

RAMIREZ.—No, no me lllore, no me lllore. No creo pero le mando que me diga lo que hacía para no creerlo...

ESTELA.—Me da mucha vergüenza; pero basta que Vd. no crea eso, soy capaz de decirselo todo...

RAMIREZ.—Bueno, dígaló, a ver... Qué hacía?

ESTELA.—Le juro que nada malo general... Le... tiré... un beso...

RAMIREZ.—Un beso? Y porqué me tiró un beso?

ESTELA.—No sé general. Es una cosa que ni yo misma sabría decirle, pero siempre que lo veo solo cuando naide me mira, me dan ganas de darle un beso, pero como no puedo dárselo de vera porqué sería un atrevimiento, se lo mando en la punta de los dedos... Perdón general...

RAMIREZ.—(aparte). Diabolo de muchacha... (La mira intensamente).

ESTELA.—(Baja la vista). No se enoje general... Yo le pido perdón...

RAMIREZ.—(La toma violentamente y la besa. En ese momento aparece Delfina por lateral izquierda con Candelaria). Y que no lo sepa nadie ¿sabe? ¡Nadie! (Sale del cobertizo hacia derecha).

ESCENA XI DICHOS, DELFINA y CANDELARIA.

(ESTELA queda paralizada en el sitio, repitiendo).

ESTELA.—Nadie! Nadie!... (saca el espejito y se observa).

DELFINA.—Antes de medio día habrá novedades?...

RAMIREZ.—Quizá dentro de una hora... (van hacia foro).

CANDELARIA.—(Que llega al cobertizo y sorprende a Estela). Cataplúm! Y esto? Estaban juntos?

ESTELA.—(Absorta en su contemplación). Igualito que el agua del baño vos me decís que soy linda, vos me decís como mi mamita que tengo los labios coloraos como flor de seibo pero no me decís que me ha besao; y como dice Candelaria que ande se besa queda la huella?...

CANDELARIA.—Pero que decís muchacha?

ESTELA.—(sorprendida). Eh? Nada... Pa que me despertó Candelaria?...

CANDELARIA.—Es malo soñar aquí. Y si te ha besao...

ESTELA.—Cómo sabe?

CANDELARIA.—Se te vé...

ESTELA.—(Mirándose en el espejo). Dónde?

CANDELARIA.—Vos no lo podés ver. Yo sí... En el brillo de los ojos, en el colorao-sangre de tus labios y de tus mejillas, en todo tu cuerpo que tiembla lo mesmito que palmera acariciada por un vientito... es cierto?...

ESTELA.—No se lo puedo decir...

CANDELARIA.—Te dijo que no lo dijeras a nadie?... Mejor!... A naide se lo digas, sabés gurisa?... a naide!... Lo que el espejo te dice y lo que te dice el agua del baño, te lo ha dicho él al besarte y te lo vá a decir más luego y muchas veces si vos no lo contás a naide... sabés?... La vieja

Candelaria sabe de eso... (Estela abraza a Candelaria).

(Durante esta escena, entran varios soldados a escena trayendo notas, se aproximan al general quienes los despacha. Al llegar a esta altura suena un toque de atención cercano. Ya están ahí).

CANDELARIA.—Oigalé. Va a haber fandango. (Salen varios soldados a escena con notas, etc.)

RAMIREZ.—De aquí se domina todo el campo.

ESCENA XII

DICHOS, RIVAS y YATER.

RIVAS.—General! El coronel Galarza pide el honor de atacar...

RAMIREZ.—Con toda el alma y en cuanto apunten por la cuchilla...

RIVAS.—Así lo diré general... (váse)

YATER.—(Sale primer término derecha). Ahora viene bailo dragona Canelario...

CANDELARIA.—Serán muchos?

YATER.—Poniendo el oído en el suelo. Deben de sé come má de mil, una poca má. A vé, caballo que viene adelante está un azulejo...

CANDELARIA.—Cómo sabe?

YATER.—Digo nomá... po decir algo... Ja ja!...

CANDELARIA.—Y usted no va a pelear?

YATER.—No quiere ningún jefe. Compañero mío dicen: Ché Nación haceteun lao qu'estorbás! Yo estaba... Ja, ja... Entevero de oto día yo veio un soldado asistente de jefe que iba a está ensatado, cori le meti un hachazo a ese maua queró cantando bajito. Me depena ché! Me depena!... Ja, ja!...

CANDELARIA.—No se reiga así que me hace correr un friito...

RAMIREZ.—(Interviniendo). Y vos no vas a pelear?...

YATER.—General... No quiere ningún jefe.

RAMIREZ.—Es que sos medio carnicero. El otro día se encontró una cabeza destrozada, Ramallón dijo que habías sido vos...

YATER.—General. Es que tiene cuero duro y además por no dejarlo penando. Mira general, mi queda con Vd. cuaquí comisión peleguda me dá a mi...

RAMIREZ.—Qué? Te acobardó el violín y violón?...

YATER.—Que esperanza general!... Es que enlazando ayer tarde me sentí de esta mano...

RAMIREZ.—Muy bien. (suena clarín. Atención. Responden otros dos clarines lejanos). Ya estamos!

DELFINA.—(Sacando un crucifijo) Dios mío!... Escucha mi ruego, mi señor del cielo... (lo besa).

CANDELARIA.—(a Estela). Reza por todos... (se arrodillan).

ESTELA.—(aparte) Por él y por todos... (rezan).

RAMIREZ.—Delfina!... (Le toma la mano y se la besa). No vayás al entrevero...

DELFINA.—Lo seguiré general... (Le dá el crucifijo que él besa descubriéndose. Empieza el tiroteo).

RAMIREZ.—(a soldado) A Morales que no ataque hasta mi órden... (soldado váse. a clarín). Toque a la carga... (Se oye un toque de clarín próximo). Esa división Galarza... Muy bien mis bravos, se han movido como un solo hombre.

Ramírez desaparece un instante. Estela se corre como atraída detrás de Ramírez. Delfina que vé el movimiento de Estela saca una de sus pistolas violentamente y le apunta. Candelaria vé la intención de Delfina).

CANDELARIA.—Mi señora, entuavía no empezó el tiroteo por acá. No gaste pólvora en chimango...

DELFINA.—(Guardando la pistola). Estela, ya le ha dicho el general que no se metiera en el peligro... (mirándose las dos).

ESTELA.—Pero si él fuera Vd. no fría?

RAMIREZ.—(Volviendo). Medina es el que se ha corrido con los lanceros?...

RIVAS.—(Que está a su lado). Si general, hoy los lleva él personalmente a la carga...

RAMIREZ.—Si me hubiera avisado se lo prohíbo. Bastante sabemos que es valiente; él debe quedarse en el puesto de jefe...

RIVAS.—Los jefes del ejército del general Ramírez pelean siempre a la cabeza... (pausa. Ramírez observa con el anteojo).

RAMIREZ.—Oigalé, ha sido sorpresa para La Madrid. Se corren a la derecha?...

RIVAS.—No han visto la gente de Morales...

RAMIREZ.—Y Monterroso porqué se empieza a mover?

RIVAS.—A ocupar el puesto de Galarza...

RAMIREZ.—Es que Galarza debe moverse a su tiempo en retirada. Vaya teniente, que no avance. Vaya teniente!...

RIVAS.—Enseguida mi general. (váse izq.)

CANDELARIA.—Ahura si me toca a mí... Adiosito General por si no nos vemos... Está mi petizo?...

SOLDADO 1º.—Si Candelaria...

RAMIREZ.—(Le dá la mano). Hasta luego dragona Candelaria.

CANDELARIA.—Pa que así cante el gallo. Mi señora doña Delfina, que sea muy feliz...

DELFINA.—Gracias; luego nos veremos...

CANDELARIA.—Y vos mi gurisa... adiosito...

ESTELA.—¡Candelaria!...

CANDELARIA.—Hay que cumplir con la patria...

ESTELA.—Yo voy con usted...

CANDELARIA.—No, quedese... Con el toque de victoria, yo estoy aquí palmeando una zamba... Hasta luegoito... A la órden, mi general! (venia y váse).

RAMIREZ.—Yater!

YATER.—General!...

RAMIREZ.—A Morales... (observando). A Morales que cargue. Hay que llegar cueste lo que cueste.

YATER.—Se llegará general... (venia y váse).

DELFINA.—La batalla lo transfigura general... Parece de bronce. Brillan sus pupilas, se ilumina su frente, sube la sangre a la cara...

RAMIREZ.—Te doy miedo?

DELFINA.—Casi estaría por decir que sí...

ESTELA.—(Interviniendo). A mí no!... Lo he visto tantas veces así, que queda tan bien así que parece una estatua e bronce que yo vi. Si no fuera por el peligro que corre a mi me gustaría que siempre hubiera batallas para verlo así al general. (Ramírez monta a caballo).

DELFINA.—A usted se le ocurren muchas tonterías...

ESTELA.—Perdone mi señora. Yo no creí... Así como Vd. me parecía esa virgencita que había en la iglesia de mi pueblo, así también el general, me parece el general de esa estatua.

DELFINA.—No está el general como para oír esas cosas...

RAMIREZ.—(Se oye el clarín que toca a la carga). Ja... ja!... La sorpresa de la gente. Hum!... No se lo esperaban esto... (saca su sable y hacia la derecha, gritando). A la carga muchachos!... A morir porqué de aquí no hay retirada. (pausa). Eh! qué es eso?... Quien ese que huye? Eh!... (Rivas entrando)

DELFINA.—Morales!...

RAMIREZ.—Quién lleva la carga?

RIVAS.—El Sargento Ramallón!...

RAMIREZ.—Pero Morales!... (haciendo lugar).

MORALES.—(a caballo, si el actor sabe salir parado lo hará - con una mano en el corazón). Mi general...

RAMIREZ.—Mayor Morales, que es eso?...

RIVAS.—Huye mayor?...
 MORALES.—Teniente!... A la órden general... (cae desvanecido).
 ESTELA.—(Corre a recogerlo, los dos soldados lo llevan a la tapera).
 Doña Delfina los acompaña).
 RAMIREZ.—Así mueren mis bravos!... (Se saca el sombrero).
 ESTELA.—En el corazón... (acercándole un chifle de cuerno o una caramañola). Esto lo va a volver.
 MORALES.—Estela!...
 ESTELA.—Se siente mejor? (Delfina se acerca y escucha).
 MORALES.—Me siento morir. Por verla llegué. Guardé un poco de vida pa verla... a ella...
 ESTELA.—A quién?...
 MORALES.—A ella... (sacando un pañuelo). Ponelo sobre mi herida.
 Estela, (lo besa) Ponelo... No sabrá nunca que me hice matar por ella... Que la quise mucho...
 ESTELA.—A la señora Delfina?...
 MORALES.—Sí! A ella. Chisst!! Despacio... No digas nada... Mue- ro queriéndola... Delfina!... (Muere).
 (Delfina entra a la tapera, se saca un ramo de flores que tiene en el pecho y se las coloca a él, después llora).
 RAMIREZ.—(Pasa el foro). Oh! Y aquello?... ¿Gente que quiere ro- dearnos?... ¿Largan un cable para pasar la balsa?... Está bueno... Traen una bandera...
 RIVAS.—¿Que cerca! Con la bruma no se veía la cañoa... Son dos hombres.
 RAMIREZ.—Veinte hombres... (Salen veinte dragones). Hay que apo- derarse de aquella bandera. (Saca sus pistolas. Descarga una). Va uno! (Des- carga la otra). Otro... Ahora, un entreerriano valiente que vaya a buscar esa bandera! (Todo el pelotón dá un paso al frente).
 RIVAS.—Yo general...
 RAMIREZ.—No teniente... El primero de los entreerrianos... Francisco Ramirez va a buscar esa bandera... (Se saca poncho, sombrero y chaquetilla y se tira al agua mientras suenan las dianas de victoria y los soldados entu- siasmados gritan).

TELON

Fin del segundo acto.

TERCER ACTO

Bosque espeso al foro. Hay una picada en diagonal, de izquierda a derecha, en el centro de la escena, claro del bosque. Sobre los lados de la picada algunos matorrales y árboles corpóreos. Rompimiento de fronda. Al le- vantarse el telón la escena que está sola va oscureciendo. A través de los árboles se vé el tinte rojo del cielo. Se oyen a lo lejos los clarines y tiroteos aislados. Hay una pequeña pausa. Luego se oyen voces y a poco entran por izquierda los personajes de la primera escena.

ESCENA I

GASTELLU, MONTONEROS 1ro., 2do., y 3ro.

GASTELLU.—(Entrando por izquierda). Apurensé en dar agua a los caballos. Aura si que no se escapa aún, que se encomiende a la virgen de Itatí. Sin embargo creo nos hemos adelantado...

MONTONERO 1º.—Tiene demasiado güena estrella el general Ramirez. Yo lo sé.

MONTONERO 2º.—Cierto es. Además que es muy guapo y querendón.

MONTONERO 1º.—Eso sí, querendón como el solo.

GASTELLU.—Dicen que la prenda es muy linda.

MONTONERO 2º.—Ha de ser nomás.

GASTELLU.—Que tiene un chapeao que ya lo quisiéramos nosotros pa un día de fiesta.

MONTONERO 1º.—Y ha de ser, pues. Como que la moza es de Güenos Aires y dicen que la familia es ricachona...

GASTELLU.—Si nos pudiésemos alzar con el chapeao cortábamos campo ajuera. A la loma el diablo con esta guerra hereje en que no vemos ni una pitada e tabaco. De las onzas que traiba Lamadrid pa don Estanislao, no hemos visto ni la pinta.

MONTONERO 2º.—Como que se las birló el mesmito Ramirez después de atracarnos una feipiada. Chá digo! La polvadera! Ja ja!

GASTELLU.—Chá que risa fácil tenés! Ya te olvidás que nos sacudió el polvo.

MONTONERO 1º.—Esas cosas hay que olvidarlas pronto. (pausa).

MONTONERO 2º.—Ustedes se acuerdan de la brujería del gringo aquel que pescamos?

GASTELLU.—Es cierto, ayer 9 de Julio me estuve acordando. El 9 de Julio nos hizo la agorería que matábamos a Ramirez.

MONTONERO 1º.—Supercherías! Engañifas! Ya vé estamos a diez...

GASTELLU.—Oh, y quien sabe si hoy no es la suya.

MONTONERO 2º.—Dios te oiga! (pausa).

GASTELLU.—Buenos muchachos, atentos. A ver si esta vez nos co- bramos y bien. Nuestros fletes no están pa floreos. El montao del general diz que es de mi flor. Los nuestros, con estos días de persecución están sin resuello. Hay entonces que hacer la última... Como dice éste (por el 2do.) Ramirez en la retirada no va'dir p'al lao de Córdoba, ni pa Santa Fe. Se ladeará p'al lao de Santiago, con mucho que se conozca, más que este paso de la picada no hay ninguno que merezca más confianza.

MONTONERO 2º.—A más no puede figurarse que nosotros estemos aquí...

GASTELLU.—Por eso mismo. Si trae escolta, nuestra gente la entre- tiene con unos amagos. Lo cortamos solo y le echamos mano a la prenda. Un buen tiro e bolas puede mucho...

MONTONERO 2º.—El chapeao puede más. Ja, ja!...

GASTELLU.—Y vos... (al 3ro.). No habléis tanto!...

MONTONERO 3º.—Los estoy oindo. Yo no queiro nadita del chapeao, ni cortarme campo ajuera. Yo, si nos toca el lao de la suerte, rumbo pa Santa Fe con la cabeza el'general. Yo mesmito se la quiero cortar. (sonrisa trágica. Pausa).

MONTONERO 1º.—Salvajada!

MONTONERO 3º.—Oigaló y hace ascos! (sonrisita). A ver si va'llorar llamando a su mamita. Ja,ja!...

MONTONERO 1º.—(Gesto correspondido).

GASTELLU.—Basta! Vamos a seguir esperando preparaos a todo por la picada chica y pa cortarle la retirada. ¡A caballo!

MONTONERO 2º.—Aver esa mano Gastellú...

GASTELLU.—Perdé cuidao. Esta mano no tiembla. (Vánse lateral iz- quierda. Pausa. Se oyen lejanos toques de clarín, que tocan a la carga y retirada. Lejano tiroteo. A caballo de la picada hacia la derecha pasa un soldado de dragones de Ramirez, llevando sentado, adelante del recado, he-

ruido, al teniente Rivas. Destrozados y maltrechos le siguen a pié y a caballo, montoneros y dragones, algunos heridos que marchan. Se siguen oyendo clarines. Pausa).

ESCENA II

YATER, ESTELA y CANDELARIA.

CANDELARIA.—Y tiene razón el general... Quien te manda endivinar su muerte pal nueve de Julio tan luego. Oh... No le han de haber faltado ganitas de mandarte degollar. Lo mejor es jüir. Esta redota lo vá'encorar.

YATER.—Vd. cree? Mi pone pronta bien lejos...

CANDELARIA.—No sé como. En las divisiones que juyen no ha quedado casi caballada.

YATER.—Mi camina, mi dispara también.

ESTELA.—Qué habrá pasado? Yo víde que hasta el general cargaba. Guapo!...

CANDELARIA.—Y si nó? Como que ahicito se lo dejaron tendido a Galarza y con la división en retirada. Le dió un grito. Jué lo mesmo que una bruja; jué sentir su voz de "güelvan caras" y ahí mesmo tuitos, con él por delante, con su poncho como una bandera lindaza, cargaron hasta el fondo. Se sentaron en el anca los matreros, hasta aüra están disparando.

ESTELA.—Fué un momento nomás. Más luego yo lo víde con veinte hombres. Había en su frente una sombra. (Pausa). Yo lo soñé anoche. Soñé al general con... la Delfina... En un pronto salta de un matroiral como ese (señala) un matrero barbudo y mientras el general besaba a la Delfina lo atravesaba...

CANDELARIA.—(Extremeciéndose). ¡Callate gurisa!... (Pausa).

ESTELA.—Yo lo soñé anoche. Cuando desperté rezé mucho por el general.

YATER.—Mi vá en busca de gente.

CANDELARIA.—Pa qué? Pa que te carreen creyendote brujo? Cortá monte. Dican que ustedes son herojes y en un dos por tres funcionan el "violín y violón".

YATER.—Si mi encuentro cabayo, voy a juntarme con gente de Carrera. Mi conoce ya. Dragón Canelario, adios...

CANDELARIA.—Adios y güena suerte.

YATER.—Adios guriso...

ESTELA.—Adios... (Yater váse derecha).

ESCENA III

CANDELARIA y ESTELA

CANDELARIA.—¡Pobre inglés! Se va con la cola entre las piernas. (pausa).

ESTELA.—Cuántas sombras hay en esta tarde de derrota. Yo, mamá. Candelaria siento como un frío aquí en el corazón.

CANDELARIA.—Sos muy gurisa pa saber. El soldado no siempre está en la güena. Más no por eso ha de desanimarse. El general es de los que belaquean con redota pero se tiene fe y se cobra como buen varón.

ESTELA.—Vd. no me entiende, mamá Candelaria. Aquel día que me besó los labios, que me dijo con su beso lo que me decía el agua de la laguna y el espejo, yo sentí que era otra. Como Vd. me dijo, esperé, esperé que otra vez me lo dijera. Otras, muchas... Pero no... Como la quiere! Su corazón está "yeno" de su cariño. Como la quiere! Tanto como yo lo quiero a él... Así... Aüra en la derrota su corazón temblará por ella, nada más. Por ella que es tan linda como la virgencita de la iglesia de mi pueblo.

CANDELARIA.—Muchacha!...

ESTELA.—Por eso tengo miedo. Perché mi mamita se me apareció en el sueño y me dijo que lo mataban a él. Que lo mataban... y yo lo víde más luego cuando la besaba a ella... a la Delfina y muerto él... Por eso rezé mucho. Pa que no lo mataran! Son tan malos los matreros!...

CANDELARIA.—No hay cuidao, al general lo respetan los chumbos y frente a él no hay quien se ponga pa matarlo en güena ley... A ella...

ESTELA.—Oh, nó! Sin ella se muriera! Como la quiere!

ESCENA IV

DICHOS y RAMIREZ.

RAMIREZ.—(A caballo por foro). No ha llegado Delfina?

CANDELARIA.—No, mi general...

RAMIREZ.—La he mandao con la escolta a esperarme aquí. No es este el paso de la picada... Es extraño!...

CANDELARIA.—Redotaos, mi general! (pesarosa).

RAMIREZ.—Ya habrá desquite. Pero Delfina... Voy a buscarla...

CANDELARIA.—Se va a desencontrar. Desmonte pa darle un resuello al montao, mi don Pancho.

RAMIREZ.—(Desmonta). Qué decís m'hijita? (Candelaria lleva el caballo por izquierda).

ESCENA V

RAMIREZ y ESTELA.

ESTELA.—Digo, general, que es muy triste que pase ésto. Que es como pa morir y yo, general, quiero que viva, quiero que viva pa dir aonde usted vaya. Aura que sufre. Yo, general, quiero dar hasta mi sangre pa que Vd. viva. Vd que pelió tanto por nuestra tierra y que al salvar a esta pobre gurisa se hizo dueño de su vida y de su corazón...

RAMIREZ.—Pobrecita, guachita de mi montonera! Madrecita de mis soldaos que vivistes al lado mio con la esperanza alumbrando a rejucilos. Florcita de madre selva que quisiste abrazarte al tronco cubierto ya por la liana. Pobrecita! Venga, no lllore! (Le besa la frente). Por si acaso... ¡Adiós!

ESTELA.—No, general...

RAMIREZ.—(Sombrio). Quién sabe...

ESCENA VI

DICHOS y MEDINA.

MEDINA.—(Por izquierda). ¡General!

RAMIREZ.—¡Eh!

MEDINA.—Por la picada chica ha de haber gente porque de pasada han zumbado varios tiros de bolas que por suerte libré.

RAMIREZ.—Y Delfina?

MEDINA.—La he dejado con su escolta para explorar el paso de la picada. Por si acaso me vine por la picada chica y ya vé.

RAMIREZ.—No corre peligro?

MEDINA.—Por ahora nó.

RAMIREZ.—Los minutos son preciosos pero...

MEDINA.—Hable general...

RAMIREZ.—Tengo un presentimiento fatal, todo el monte me dice agoreras... Todo... Una cosa pido al hermano... Si muero. Si... si muero, júrame que darás hasta la última gota de tu sangre por Delfina... (Estela atrás tambalea).

MEDINA.—General, desconfía...

RAMIREZ.—No... Júramelo! (Extiende la lanza).

MEDINA.—(Besa la cruz de la lanza). ¡Por mi honor!

ESTELA.—(Aparte). Como la quiere!

RAMIREZ.—(Abrazándolo). ¡Hermano!

MEDINA.—¡General! (Estela llora).

RAMIREZ.—A cumplir ahora... (Se oye tropel).

MEDINA.—Que es aquello... La señora doña Delfina que no ha querido esperar...

RAMIREZ.—Los persiguen. (Gesto).

MEDINA.—No general... Iré yo... La escolta es numerosa y peleará... La señora se ha cortado sola... Ahí llega... Los que queden lo acompañaremos general... En la picada chica lo espero... (Váse izquierda. Se oyen tiros lejanos).

ESCENA VII

DELFINA y RAMIREZ.

DELFINA.—¡Ramírez!

RAMIREZ.—¡Mi alma! (Abrazo).

ESTELA.—(Saca un cuchillo pequeño, lo empuña como para matarse. Reacción. Aparte) Todavía no.

RAMIREZ.—(A Delfina) ¿Cómo ha hecho esta locura?

DELFINA.—No sé, no sé... Esperaba impaciente a Medina... De pronto tuve un presentimiento extraño, se me hizo un nudo en la garganta, pensé, en Vd. con más intensidad, monté a caballo y grité. Me siguieron todos, pero yo no corría, volaba. Mi caballo casi no ponía los cascos en el suelo... Me corté muy adelante. Allí quedaron ellos peleando... ¡Ramírez! ¡Que angustia! Vamos...

RAMIREZ.—Sí, tenés razón... Porque desafío mi sino, si no es mi vida sola la que voy juzgando, si vos estas a mi lado y tenés derecho a vivir. Montemos, alcanzemos a Medina.

DELFINA.—No Ramírez... Yo lo acompaño a desafiar su sino que es el mío. Yo le he ofrecido mi vida que es suya... Usted la lleva cubriendo su corazón. En la punta de su lanza. (Se saca una flor silvestre y la ata con un pañuelo en la moharra de la lanza).

RAMIREZ.—Sobre un juramento.

DELFINA.—Sobre todos los juramentos el mío. (besa la lanza).

RAMIREZ.—Ahora que me importa. ¡Tiemblen los árboles del monte!... Vengan los matreros... ¡A mí! Contra este pecho más grande y más fuerte que todos los pechos de varón porque está inflamado de amor!... ¡De amor! ¡Por mi patria y por mi dama!... Vamos... (Váanse lateral izquierda).

ESCENA VIII

ESTELA, CANDELARIA y RAMALLON.

ESTELA.—¡Ramírez! (Corre hacia izquierda).

CANDELARIA.—(Que trae herido a Ramalión en el pecho). Ayúdame gurisa, ayúdame...

ESTELA.—¡Ramalión!

RAMALLON.—(Que se apoya en su lanza). ¡Sí!

CANDELARIA.—Ha sido reciencito en el entrevero... Y por segunda vez le dió su pingo a la Delfina porque el de ella estaba cansao.

ESTELA.—¿Es grave la herida?

RAMALLO.—Sí... Pa morir. Soy el último de "los guachos". Connigo se muere la guapa montonera de los gauchos alzaos de mi tierra. Muere en su ley como empezó aquella tarde de "Las guachas" en que cada lanzazo era un dolor que se cobraba. ¿Pa qué peleaste? ¿Qué van a decir de vos los doctores de mañana? Gauchos bandidos que llenaron de sangre su tierra. Que llenaron de sangre... despreciando la suya, pa que sus hijos fueran libres y machazos como esta lanza montonera... ¿Pa qué peleaste, gaucho alzao?... ¿Pa que sepan que también los gauchos hicimos patria! ¿Pa eso! (delirando). ¡A la carga!... ¡Que el general Ramírez carga a la cabeza!... ¡Viva!... (Se desvanece. Estela y Candelaria se lo llevan por derecha. Sale Estela).

ESTELA.—(En una invocación). ¿Qué fué Dios del cielo lo que me hizo vacilar cuando debí morir?... ¿Por qué una fuerza que nunca he sentido separó el fierro de mi corazón? ¡Ramírez, mi Dios! (Se oye tropel. Estela mira hacia la izquierda y corre a ocultarse tras un árbol del foro izquierda).

ESCENA IX

GASTELLU, MONTEROS 1.º, 2.º y 3.º y otros

MONTERO 1.º.—¿No le dije que se nos iba?

GASTELLU.—No bolaciés... Aura es cuando está perdido, con el refuerzo lo van a tirar pal paso y aquí es donde lo abarajamos nosotros.

MONTERO 2.º.—Claro, hombre, aura es cuando la llevamos ganada...

GASTELLU.—Güeno, vos allí. (Al 1.º. Señala a la derecha).

MONTERO 1.º.—¿Pa manotear?...

GASTELLU.—Pa esperar mi orden...

MONTERO 1.º.—¿Lo vamos a dejar dir?...

GASTELLU.—Le echamos mano a la prenda, mamón...

MONTERO 1.º.—¿Y si se nos va?

GASTELLU.—¿De qué baño has salido? ¿Ande has visto varón criollo que no atropelle derecho si le tocan a su prenda?... Prepará tu tiro por si echo mala...

MONTERO 2.º.—Poca fe se tiene... (Se prepara).

GASTELLU.—Vos también con ese... (Se esconden entre matorrales de la derecha). ¡Maver! (Escucha a lo rastreador). ¡Oigalé!... ¡Ya!... ¡Se jué! ¡Silencio! (Se esconden todos. Gastellú y demás sobre la izquierda. Pausa).

ESCENA X

DICHOS, RAMIREZ y DELFINA.

(Por la picada a caballo, Ramírez, al galope pasa para segundo término derecha. Pausa. Le sigue a caballo, Delfina, que también pasa. Al desaparecer, Gastellú hace un tiro de bolas, salen todos dando gritos de júbilo, corren en la dirección indicada y mientras suena un tiroteo, sacan a tirones a Delfina que se defiende valientemente con una especie de estileto. De pronto la desarmen. Estela con ansiedad ve la lucha, reflejándose en su cara una especie de placer porque la ve en peligro a su rival). DELFINA.—¡Ramírez!

RAMIREZ.—(Apareciendo lancea al más próximo. Todos retroceden. Gastellú saca el sable, todos lo imitan. Ramírez saca el suyo sin soltar la lanza y Delfina recoge el estileto. Pelean. Los montoneros pierden terreno. Gastellú saca su pistola y le da en pleno pecho a Ramírez. Ramírez se detiene, larga el sable. Gastellú vase hacia atrás. Estela con el cuchillo gateando se le aproxima).

DELFINA.—¡Ramírez! (Se arroja a su lado).

RAMIREZ.—(Con la lanza en alto. Todo él agrandado en el exterior que le hace erguir sobre la punta de los pies). ¡Así!... ¡Por mi patria y por mi dama!...

(Cae muerto. Delfina se abalanza. Estela hiere a Gastellú que cae. Montonero 3 que ha envainado su sable, saca una larga daga y con trágica sonrisa se arremanga mientras se encamina al cadáver de Ramírez. y...cae el

TELON

PROVINCIA DE BUENOS AIRES

EL PETIT SALON

Crónica porteña en tres cuadros, original de

José Antonio Saldías

PERSONAJES

Carmen
Raquel
Zulma
Magdalena
Enlutada
Wiskito
El Gaucho Bordenave
El Bebe Torres
El Mudo Astich
El Pampa Calzada

Parrilla
Pituco
Ajarito
Nato Muñoz
rancho
Novita
Don Charles
Miyón
Mozo

PRIMER CUADRO

Hall de una casa de pensión. A derecha e izquierda, habitaciones. Sobre la derecha pasillo hacia el interior. A la izquierda otro que se supone da a la calle. Al foro habitación. Sobre la pared del foro un teléfono de pared. Muebles de hall. Alfombra. Araña lujosa, etc. Derecha e izquierda del actor. Al levantarse el telón está en escena, vestido de "pijama", el Gaucho Bordenave que toca la guitarra. El Pampa Calzada con unos naipes hace solitarios sobre una mesa. Parrilla ceba mate alternativamente. Sobre una mesilla whisky, copas, soda.

ESCENA I

GAUCHO, PAMPA y PARRILLA.

GAUCHO.—(Cantando). Tengo una overa chancleta que es la que lleva el cencerro y un alazán que es un perro por lo malo y lo sotreta, un doradillo maceta que es güeno pa parejero y también un bayo overo que es lijero como luz de la estancia Santa Cruz de Rudecindo Lucero.

PAMPA.—(Tirando las cartas). Dejate e cantar chicharra que me estás atormentando.

PARRILLA.—¡Fá! Un contrapunto. Metale niño Bordenave.

GAUCHO.—(Cantando). Desde cuando me mandás decime a ver desde cuando ni un solitario sacás y la pasás resongando.

PARRILLA.—¡Fá! ¡Ja! ¡Ja! ¡Que retruque! ¡Dele piola! Sigale.

— 28 —

PAMPA.—Me parece que la estás gozando demasiado (Parrilla se torna serio y sigue cebando mate).

GAUCHO.—(Dejando la guitarra). Vaya señora. (Afloja las clavijas). Descanse, voy a aflojarle el corset... ¡Oh! no resongue, no haga pucheros. ¡que embromar con la moza! Si la toco llora porque cuenta tristezas, si la deajo resonga...

PARRILLA.—Igualita que una percantá...

GAUCHO.—¿Igualita? Muy peor don Lengua larga.

PAMPA.—¡Psh! ¡Sordo mudo! Entendés... (Parrilla hace señas afirmativas).

GAUCHO.—Preguntabas al naipe si se te daba juego y el naipe traicionero te la dicho que no...

PAMPA.—¡Cabal!

GAUCHO.—I de ahí? Quien dijo que no hay otra res mejor que esa en el rodeo...

PAMPA.—Y qué a uno le dé por enamorarse ¡chá digo! No ha habido un alma caritativa que nos haya arrancado el corazón? Que me decís... A los 30 y siete haciendo el Romeo, con ésta pelada donde los rizos del Monteseo brillan por su ausencia ¡chá digo!

GAUCHO.—Y vos no hablás siempre de la juventud del corazón; de ese retomar de cariños tuyos, que hace que tengas la gloria de querer cada seis meses con la misma fuerza que si fuera primera vez?

PARRILLA.—(Llevando un dedo a la boca). ¡Ah!

PAMPA.—Que hay.

PARRILLA.—La sota en puerta.

GAUCHO.—Decí la pinta lechón...

PARRILLA.—Oro pálido...

GAUCHO.—Salió el sol.

ESCENA II

PAMPA, GAUCHO y RAQUEL.

RAQUEL.—(Entrando). Aquí estoy porqué he venido...

PAMPA.—(Incorporándose). ¡Raquelita!

RAQUEL.—Como te vá Pampa, y a vos Gaucho.

GAUCHO.—Milongueando la vida, canturreando cosas viejas como nosotros, que ya estamos cascados... Charcones...

RAQUEL.—Dejate de romancear ché... Bastantes púas habrás metido en la vida. Todavía hacés furor con esos mechones blancos que dicen que son suerte... Ché Parrilla ¿y yo no tomo?... (Parrilla le dá mate). ¿Y ustedes han tenido noticias del Bebe?

GAUCHO.—Creo que se viene a casar con aquella prima suya. La última carta tiene un mes. Líquido y me voy para Buenos Aires, dice. Esta vez que me echen un galgo.

RAQUEL.—Claro, debe estar quemado. Te acordás el tren del Bebe?

PAMPA.—El tren de Zulma decí. Todo era poco para ella.

RAQUEL.—¿Y vuelve con plata ché?

GAUCHO.—Dicen que sí...

RAQUEL.—Zulma estará de parabienes. Se arrepentirá y lo atraerá otra vez.

PAMPA.—Hará lo que quiera.

RAQUEL.—Y ustedes.

PAMPA.—Y nosotros qué?

RAQUEL.—Es claro. ¿Ustedes qué? Si ustedes no son sus amigos. Vds. son los invitados de copetines, de Petit Salón y de Pigall. Nada más.

PAMPA.—Me parece que te estás bandeando.

RAQUEL.—Vos tenés la culpa.

GAUCHO.—Tenés razón. Por lo menos como esa clase de amigos nos portamos. Es que la experiencia nos dice que en asuntos con mujeres no hay que hacer el consejero, porque se pierde el tiempo y el amigo.

RAQUEL.—Lo que pasa también es que Vds. no son todo lo espontáneos que debían ser. Las cosas del cariño las tratan con reglas de experiencia. Para querer a esta mujer debo hacer esto. Delante de los amigos debo hacer tal. A ella debo demostrarle esto de más acá.

PAMPA.—Amarga ser canchero, nos rodeamos de prevenciones. El que se acerca a la mesa espontáneamente es un gorrión, el que se divierte solo y ríe como un condenado en el Pigall un papanata, el que cuelga una linda mujer del brazo un farabute de quien enseguida empezamos a hablar pestes. Si bailamos la tragedia en las miradas, si bebemos, el drama, la biaba y la comisaría, si nos divertimos es siempre a costillas de los otros, no porque nos ataque la alegría ruidosa y sana.

GAUCHO.—Es cierto ché... Vds. no han visto en esas excursiones veraniegas al parque Japonés, dos magníficas expresiones de nuestra idiosincrasia? Me rifiero al tiro al negro y al tiro de las flechitas. Los muchachos con tal de cascarlo al negro, meta comprar pelotas; el negro los torea y ellos compran más y así se van los pesos en divertirse a costa del blanco pintado de negro que debe recibir los pelotazos. El otro es el hombre que recibe flechitas en el cuerpo por veinte centavos. Ahí están todos haciendo puntería con las escopetas en la mano y la sonrisa en los labios, pensando ¡Que lindo si le reventáramos un ojo! ¡Que farra! ¡Como nos divertiríamos. (Pausa y luego como consigo misma).

RAQUEL.—¡Los hombres!... (Pausa). (Idem).

GAUCHO.—¡Las mujeres!... (Pausa).

RAQUEL.—En este ambiente los hombres son hijos del rigor. Olvidan fácilmente a las mujeres que los quieren bien, que los acompañan en las horas amargas de la adversidad.

GAUCHO.—Cuestión de temperamento. Mirame a mí. A mi vieja no la largo ni la cambio. Acordate de aquello de que vaca que cambia e queren-
cia...

RAQUEL.—¡Que envidia le tengo a Vds.!

GAUCHO.—Cada oveja con su pareja señora. Tres y tres son seis, seis y seis son doce. Doce huevos una docena y viva la libertad bajo fianza.

PAMPA.—Tu asunto amoratorio resuelto. ¡Jubilado!

GAUCHO.—Pero como también... Mirá; Carmen tenía sus diez y seis añitos, ¡Pápirusa! Daban ganas de cacharla y morderla. Yo, apuesto doncel de 25 años, cuerpo serrano, posición al aria, viejos cabreros, amigos cansados de mangas, en fin, las mil y una noche. ¿Qué hacés, que hacés tres veces? Con contestación paga. Gaucho, vos bailás bien, te conseguís con sudores y fatigas tus buenas curdas, tenés fama de pierna y once entradas por desorden y desfiguración de fachada. Sos un pato, ¿Y? ¿Qué hacés, que hacés? Balija imitación cuero, cuatro mudas de ropa, pasaje con cama y hacia la regeneración. Pero y cuando por las tardes en la estancia paterna, se vaya el sol y los pájaros crucen de retirada para el nido, vos Gaucho solito allí... Coceó el mancarrón mañero... Carmencita yo te quiero... lori, bilori, vicenti, colorí. Si... Camarero... Camarote con dos camas... Gaucho! ¡Carmen! Un abrazo, tres besos y matrimonio feliz para el campo quiere llevar señora? Pasó el año, el otoño, las liquidaciones de Gath y Chaves, la seca, la aftosa, las cosechas, la guerra, la gripe... El Gaucho Bordenave trabajando se había juntado sus moneditas... Vieja ¿pa Europa? ¡Meta nomás! Piróscrafo, Torre Eiffel, Metro, Montmartre, Pompeya y Monte Carlo, francés, italiano, mundo, experiencia y cariño, mucho cariño... Doce años señora y es ésta la historia de un humilde gaucho viejo.

RAQUEL.—Gaucho lindo y ese humor que no te abandona nunca. Y ahora Carmen...

GAUCHO.—Carmen es todo para mí. Si mis rentas, ella el origen, ella que me consolaba, me animaba, me fortalecía, si mi alegría, ella que a mal tiempo ponía buena cara y a la tormenta la recibía con una milonguita en los labios y después últimamente, que me va a dar cualquier otra que mi vieja no me ha dado...

PAMPA.—Y vos como una tabla ¿has sido derecho con ella?

GAUCHO.—Otarriamente te confieso que sí...

RAQUEL.—¡Que lindo! Doce años; toda una juventud. Los años que

son nuestra vida; pensando en ellos me dan ganas de...

PAMPA.—¡Raquelita! Porqué no me crees a mí...

RAQUEL.—¡Vos Pampa?

PAMPA.—¡Yo sí!

RAQUEL.—Oh no Pampita. Te estimo mucho para querer guardarte un rencor. Vos sos un decano de la caravana. A los treinta y siete años, con veinte de correa, no cambia nadie. Podrá cansarte el apronte, pero llegas siempre a la raya. ¿Te acordás la noche que nos conocimos en el Petit Salón?... Hace unos años... Tenías melena...

PAMPA.—(Tocándose la calva). Estos Fabios ¡oh dolor!...

GAUCHO.—Yo me acuerdo, lindo pelo...

RAQUEL.—Me fuistes muy simpático, te lo dije y vos tauron fuerte de la barra del Petit, suertudo el mozo para las mujeres, creiste que ligabas...

PAMPA.—Fué la primera sentada...

GAUCHO.—De ahí empezó a perder terreno y melena y ahí lo tenés, queso e bola, gigolo embalsamado... Amor de viejo,

comida fría,

como quieres que te quiera

si no tienes mandolín.

PARRILLA.—¡Ja! ¡Ja! ¡Que güena ha sido esa... ¡Ja! ¡Ja!

PAMPA.—¡Ep! ¿Qué es eso?

GAUCHO.—Subordinación y valor. (Parrilla serio comicamente hace la venia).

ESCENA III

DICHOS y WISKYTO.

WISK.—¡Up la la! Que decís Raquelita? Intoxicándote con estos dos bejaranos entregados al lamento?

RAQUEL.—Cómo te vá pibe?

WISK.—Gracias por la lisonja, m'hija.

GAUCHO.—¿Y vos?

WISK.—"L'Aiglón" completamente.

GAUCHO.—Como habrá sido el arroyo que el gato pasó a rebenque.

WISK.—El tendal va quedando. El mudo por más que latea no consigue espantar la guigne... Pero ché este Nato Muñiz es espantoso. Se ha alzado con la moneda de todo el mundo.

PAMPA.—Signén ché?

WISK.—Prendidos como garrapatas.

RAQUEL.—Cuántas horas ché?

WISK.—Desde ayer a las 5 de la tarde que nos despertamos todos después de una partida de treinta horas.

RAQUEL.—Milagro que has reculado...

WISK.—Es que me han dejado "pate fois".

GAUCHO.—¿Querés plata?

RAQUEL.—¿Querés?

WISK.—No sean malos ché. No me pongan la moneda por delante que me mareo. Lo que tengo es apetito. Ché Parrilla hablá al Petit que me manden una milanesa con papas y huevos y una jarra de cerveza.

PARRILLA.—Muy bien señor... (vá al teléfono). Avenida 1...7...1... Sí señorita... (A poco habla).

WISK.—No hay un petit vierre de whisky.

GAUCHO.—Metele que es Anticuary del bueno.

WISK.—El whisky es mejor que las mujeres y que el juego... Yo quisiera no jugar más... Pero viejo... Esa orejeada; piernas que se hacen pocker, escalera que se corta... El resto, el sueldo, la honra, la vida de la madre en este pozo... Todo. ¡Ese minuto viejo!... (Parrilla termina de hablar y váse tercera derecha).

RAQUEL.—¿Y después Wiskyto?

WISK.—Luego se escucha el lamento y uno se viene a comer un bife con papas fritas todas de un mismo color. ¿Qué querés?

RAQUEL.—Y cuando querés?

WISK.—¿Querer? ¿Para qué? ¿Querer! ¡Ja, ja! No me hagas reír... Yo no quiero a nadie... ¿Entendés? A nadie... Aprecio a todos, soy capaz de hacer un favor pero la muerte, la desgracia, la alegría de los que me rodean, no hacen vibrar una sola cuerda, no hacen contraer un solo músculo, no provocan una sola lágrima, no apresuran el latido de mi corazón.

RAQUEL.—¿Jesús que decepcionado! ¿Pesimismo pura uva?

WISK.—Por algo quedé pelado ché... Yo no soy como éste que (por Calzada) se peló por querer a todas, ni como éste (por el Gaucho) que se ha quedao tordillo de tanto querer a una...

RAQUEL.—¿Que no! ¿Que no!... Vos como todos los amargos, se caste tu corazón al primer desengaño. No supiste reincidir y perdiste la felicidad...

WISK.—Perdí la felicidad? No digas pavadas... No hay en el mundo tipo más feliz que yo. (Pasa Parrilla de tercera derecha a tercera izquierda a atender la puerta).

GAUCHO.—Que te dure ché...

PAMPA.—Vos tenés otra querida... La timba.

WISK.—Bendita sea!

ESCENA IV

DICHOS y el BEBE TORRES.

PARRILLA.—(En la puerta). ¡Araca niños! ¡Miren!

BEBE.—(Entrando). Qué tal.

TODOS.—¡Hola! ¡Bebe! (lo abrazan. Raquel queda atrás).

BEBE.—¿Cómo te va Raquel?

RAQUEL.—Muy bien y a vos... estás más grueso y más quemado...

PAMPA.—Sentate Bebe...

WISK.—Te venís a quedar aquí.

BEBE.—Aquí no...

GAUCHO.—Cuenta, cuenta compañero, ché Parrilla trae una botella de champagne y copas. (Vase Parrilla por ter. der. a poco sale con lo indicado).

BEB.—Qué voy a contar? He trabajado, he ganado plata, he eue-jecido...

GAUCHO.—¿Y él 6?

BEB.—Todo liquidado...

RAQUEL.—Que era eso ché?

BEBE.—Mi campito... Lo último que quedó... Te acordás Gaucho?

GAUCHO.—Como no voy a acordarme; como si fuera ahora mismo...

BEBE.—Fue cuando el desastre... Compré por cábula un revolver de seis balas, le saqué cinco, me lo apunté frente al espejo, giré el tambor... ¡Todo al seis! No salió el tiro... Bueno dije... Hipoteque el campito, me fui a la ruleta con éste... ¡Todo al seis!...

GAUCHO.—Mañero como él solo... Al final... Ciento veinte mil pesos...

BEBE.—¡Ese es el origen del 6! Ahora he vendido todo... Después de siete años de cinchada aquí estoy con unos miles de pesos... ¿Y ustedes? ¿Y Carmen? Siempre a remolque.

GAUCHO.—Siempre... (Sirven champagne).

BEBE.—Querendona como ella sola... Lindo Gaucho...

RAQUEL.—¿No es cierto que es lindo?

BEBE.—¡A quien se lo preguntás! Ah Raquel... Cuanto te he recordado... Y a vos Gaucho... Así te fuiste con Carmen...

RAQUEL.—No, así no... Ella lo siguió llena de cariño, de ilusión... Yo... Habías matado todo...

BEBE.—¿Todo? (Pausa. Parrilla sirve).

RAQUEL.—Todo...

PAMPA.—¡Salud juventud! Por el Bebe...

BEBE.—Por Vds. muchachos y por mí... (Beben). ¡Raquel! Por vos también...

RAQUEL.—Gracias Bebe...

GAUCHO.—¡Muchachos! Donde hubo fuego cenizas quedan... Nunca escapa el cimarrón si dispara por la loma... Ahí está el Bebe... Ha llegado sereno después de capear el temporal... Viene con hambre de cariño... ¡Raquel!

RAQUEL.—¿Que tarde!... ¿Que tarde!

BEBE.—Gracias Raquelita... Sentís que sea tan tarde, luego hay en el fondo de tu corazón un cariño, un recuerdo...

RAQUEL.—Un recuerdo amargo... Fueron tan cortas nuestras horas, fueron tan largas mis horas de sufrimiento... (pausa).

WISK.—(Al ver una vianda que pasa Parrilla que ha ido a ter. izq.). ¡Up! ¡La la! Me voy a comer mi bife... (Va a seg. der. con Parrilla).

GAUCHO.—La oveja más ruin es la que rompe el chiquero... (pausa).

ESCENA V

DICHOS menos WISKYTO.

PAMPA.—Vos hablabas hoy de los años ricos de amores...

RAQUEL.—Yo estoy en los años de recuerdos... Esos en que empiezo a arrinconarme.

PAMPA.—Puede no faltarte el amor que te conforte. (El gaucho se sienta y como por distraerse tiembla la guitarra).

RAQUEL.—El amor... ¿Cuál? ¿El del Bebe? ¡No!

BEBE.—¿Porqué?

RAQUEL.—Volvés con plata, sereno, renovas querer, mejor dicho, renovar tu idilio trunco conmigo... Volvés como vuelve al regazo el hijo pródigo... Pero a mi Bebe me falta ilusión... Yo te quería pobre, bueno, cariñoso. Hablábamos de nuestro cariño, de nuestro cariño y nada más. El porvenir era cariño, nuestra vida cariño, hasta en la muerte nos uniría el cariño... Yo te quería en aquella nuestra pieza de la calle Paraguay donde nos visitaban Vds... Yo estaba ciega contigo... ¡Oh cuantas ilusiones! ¡Cuántas! Hasta que vino la otra al olor de la pieza, (Horando) y entonces cayó la venda... ¡Ah Bebe! Así te quería yo... (pausa).

GAUCHO.—Cotorro humilde y limpito donde siempre había un rico mate que cebaba la patrona y una frase de cariño y de alegría. Cuartita que se llenaba de risas y de cantos, de resongos, de esperanzas y de amigos... Ultima estación de nuestra antigua barra del Petit... Te acordás Raquel, cuando yo te llevaba aquellos pastelitos de ostras que Harguindeguy me daba para vos... Te acordás de los pic-nics del domingo, cuando en Palermo comíamos el asado y al final se bailaba y vos cantabas aquellos versos tan lindos de aquel muchacho güenazo que se murió de hambre? ¿Cómo eran? (pausa). ¿Cómo eran? (toca el acompañamiento). Cantalos.

RAQUEL.—No.

GAUCHO.—Cantalos... Eran tan lindos... (La ayuda a tararear).

RAQUEL.—(Empieza despacio).

Nadie cantará cual canto
pues para poder cantar
hay que sentir asomar
a los párpados el llanto,
Hay que haber sufrido tanto
los golpes de las pasiones
que al traducir en canciones
los más grandes sentimientos
las notas sean lamentos
que interpretan emociones.
Yo siento que al entonar
la letra de una canción

una intensa vibración
hace a mi alma agitar,
y canto por no llorar
pero en mi voz tembladora
hay cierta acariciadora
modulación para el verso
que al salir besado y terso
hasta parece que llora.

(El final con mucha emoción. El Bebe que se ha sentado preocupado, la mira, hace un gesto de desaliento mientras ella se limpia una lágrima. Pausa).

ESCENA VI

DICHOS, CARMEN, ZULMA.

CARMEN.—(Entra con Zulma). ¡Bebe!

BEBE.—¡Carmen! (Se abrazan, Zulma queda en la puerta. El Bebe al verla queda indeciso).

ZULMA.—Parece que esta vez no he caído bien.

RAQUEL.—(aparte). Otra vez... Al olor de la presa...

ZULMA.—¿Cómo se han quedado?... Bueno... Me voy...

BEBE.—Aquí no molestas...

ZULMA.—Me parece que sí. He llegado en el momento de los recuerdos y es desagradable recordar ciertas cosas.

BEBE.—Cuando se tiene la conciencia de haber procedido mal produce desagrado. Cuando por el contrario se sabe que se ha procedido bien, los recuerdos son un bálsamo para el espíritu.

ZULMA.—En el campo te has hecho filósofo? ¡Que asco! Te han echado a perder los crepúsculos románticos y la nostalgia de los primeros amores...

BEBE.—Lo que me ha echado a perder es la ingratitud.

ZULMA.—Bueno, está visto, no está el horno pa bollos... ¡Chau! Que los recuerdos les sean leves y las vidalitas los pongan tiernos... Los dejo en buena compañía...

RAQUEL.—No... No te vayas... Yo soy la que me voy... A ti puede convenirte hacer un poco de tertulia...

ZULMA.—A que tanto retintín... ¿Estás resollando por la herida?

RAQUEL.—¿Yó? ¡Ja, ja, ja! Ahí lo tenés hija... Yo nunca probé las sobras.

CARMEN.—Vamos muchachas.

GAUCHO.—Dejalas; si tienen algo que decirse que se lo digan...

ZULMA.—Algo que decir...

RAQUEL.—Si ya te he dicho que no tengo nada que hablar. Me iba yo... Era yo la que quería irme... La que quiero irme... Ahí lo tenés al Bebe... trae plata... Ha liquidado después de siete años de trabajo y tiene unos miles de pesos... Vamos m'hija ¿qué hacés? Arrepentite y decíle que lo querés... ¡Bebe! Ahí está tu Zulma...

ZULMA.—Que enterada estás...

RAQUEL.—Te he evitado el trabajo informándote.

BEBE.—¡Raquel!

RAQUEL.—No te acerques... Ya te he dicho que es inútil... Que es demasiado tarde... ¿Tienes plata?... Ahí tenés a Zulma... Yo prefiero recordar que te quise pobre, que hablamos mucho de nuestro cariño, que llegaron al olor de la presa y que fui la que corrí a tu lado yo que no recogí una sola migaja de tu festín... Vos como todos los hombres sos hijo del rigor. A ver si esta vez te resulta el 6. Adios muchachos. (vase tercera izquierda).

BEBE.—¡Raquel!

ZULMA.—Dejala... Está loca...

BEBE.—(Sentado, se toma la cabeza entre las manos y solloza). ¡Que tarde!

PAMPA.—(Acercándose). ¡Bebe! ¡La querés!
ZULMA.—(Despreciativa y sonriente toma una copa de champagne, una migaja del festín. El Gaucho toca el estilo que cantaba Raquel y lo rarea mientras Carmen por detrás le besa la cabeza).

Mutación.

TELON

SEGUNDO CUADRO

Estantería norte americana de bar. Mostrador alto. Se oyen los últimos compases de un tango o fox-trot de moda. El cotelero se dedica a atender a los clientes según el diálogo. En el extremo derecho del mostrador juegan a los dados Wiskyto, el Gaucho Bordenave y el Mudo Astich.

WISKYTO, GAUCHO, MUDO y PANCHO.

WISK.—¡Ja, ja! Cinco seis... ¡No hay muñeca!

GAUCHO.—(Tirando). Tres ases... Tres ases...

MUDO.—En los tres te vas a quedar. Yo se lo que te digo. Este tiene una potra bárbara. Tremenda ché. Estupenda ché.

GAUCHO.—Cuatro ases...

WISK.—No sirven... ¡Psh! ¡No hay muñeca!

MUDO.—No te dije. ¡Tiene una potra bárbara!

GAUCHO.—Bueno, saliste Wiskyto. Ahora te toca a vos.

PANCHO.—Wisky Sawa, señor Queen? ¡Servido! (Lo sirve).

(Siguen jugando el Gaucho y el Mudo).

WISK.—¿Ya lo habías preparado?

PANCHO.—Tenía el pálpito de que iba a salir. Hoy ha entrado con buena pata. ¿Porqué no sigue la racha señor Queen? Con seguridad que si ésta noche tiene partida gana. Vea mañana jueguese, diez ganadores a Principiante en la tercera vá en fija y si le gusta el 14 sígalo un rato esta noche en la rula de Avellaneda...

MUDO.—Te falla ché. Te falla. ¡Ja, ja!

GAUCHO.—(Mirando para el solo el dado que acaba de tirar). ¿Vamos arriba? ¿Nada hecho?

MUDO.—No señor, no señor. A morir hemos dicho.

GAUCHO.—Bueno ensartate. ¡Cuatro ases! (Risas).

MUDO.—¡Pero ché, que potra! ¡Que cosa bárbara! Ni que me quisieran patotear.

GAUCHO.—Ché Pancho, mi Manhattan...

PANCHO.—Un manjat a la minuta. ¡Listo! (Lo sirve). Y usted señor Astich.

MUDO.—Un gim-fix...

GAUCHO.—Has quedao con la geta larga como matungo placero... Total ¿cuánto es ché Pancho?

PANCHO.—¿Todo? Cuatro cincuenta...

MUDO.—¿De qué?

PANCHO.—Tres vueltas... a 1.50.

WISK.—No pagués, ahí lo tenés a Pituco.

MUDO.—Ché Pituco vení, of... vení hombre un tiritito; hoy hago el michelin...

PITUCO.—¿Lo han hecho formar a éste?

MUDO.—Con premeditación, alevosía y arreglo a derecho... Total

de mi debe cuatro duritos y cincuenta centavillos.

PITUCO.—Vamos. Ida y vuelta... Un copetín...

MUDO.—Meta, salí por cábula.

PITUCO.—Salgo a ganarte. (Juegan).

MUDO.—La puerta ché, la puerta.

WISK.—Tenés una suerte bárbara Pituco, vás a ver como ligás.

GAUCHO.—Como oportuno diez puntos. Siempre caés a aliviar... Bien hecho por usurero, andás siempre a la pesca del cliente que anda de gigne para tomarte tu copetín... Marealo Mudo...

MUDO.—No hay necesidad ché, se entrega solo, miralo, al "olio" ché. Sin dejarlo respirar los 200 metros en 10" clavados. ¡Ja, ja! Donde vas estando en tan buena compañía.

PITUCO.—¿Cuántos copetines debés?

MUDO.—Nueve...

PITUCO.—Te juego dos contra dos.

MUDO.—Meta. (Siguen jugando).

GAUCHO.—(A Wisky). Miralo al Pampa jugando al amor...

WISK.—Miralo Gaucho... mirale los ojos. Ojos golosos.

GAUCHO.—Insolentes como ojos de viejo que desnudan, que se detienen un rato en los encantos apetecidos.

WISK.—¿Zás! El Bebe y Zulma...

GAUCHO.—¡Otra vez!

WISK.—Parece mentira que no escarmiente... Yo creía que... ¿No venía a casarse con aquella prima suya?

GAUCHO.—Pobre muchacha, ha envejecido esperándolo.

WISK.—Pero el Bebe no es el mismo de cuando llegó.

GAUCHO.—Ya me he fijado. En esa forma los pesos que ha reunido le durarán poco.

WISK.—Y pensará volver a trabajar después del nuevo derrumbe...

GAUCHO.—Para trabajar hace falta voluntad y el ha perdido la que le quedaba.

MUDO.—Te juego cuatro contra cuatro entonces.

PITUCO.—¿Qué? ¿Me querés encajar toda la vela? Pancho, un jugo de uvas.

PANCHO.—Muy bien, señor.

PITUCO.—Y cuatro copetines que tenía el mudo.

PANCHO.—Ya se los pasó? Son dos cuarenta.

PITUCO.—¿Cómo?

PANCHO.—Cuatro copas del señor Astich, 2 pesos...

PITUCO.—Ah vos tomás copetines de cincuenta centavos... Yo tomo de cuarenta... No hay igualdad.

MUDO.—Ahora vas a protestar por cuarenta centavos, jugábamos copetines, de cualquier precio que sean, copetines.

PITUCO.—Copetines iguales...

MUDO.—Pero ché... mirenme! protestando por cuarenta centavos.

GAUCHO.—Jugáselo que vas a tener suerte...

MUDO.—No; me dá rabia... No seas amarrete... Jugábamos copetines...

WISK.—Jugáselo...

MUDO.—Bueno metele. (Siguen jugando. Pancho sirve otra copa).

GAUCHO.—Que barbaridad, pero vos como sabés...

WISK.—Porque todos los días voy a jugar a lo de Zulma... Juega cada tiburón, el fiato Muñiz antes de ayer se ganó doce mil pesos y anoche en tres horas cuatro mil... Si te digo que el Bebe se va barranca abajo... Zulma lo aprovecha todo lo que puede... Pulseritas, anillitos, solitarios...

GAUCHO.—Como la otra vez....

ESCENA II

DICHOS y MIYON.

MIYON.—Hola jóvenes, que dicen.

GAUCHO.—Como te vá Miyon...

WISK.—En que andás...

MIYON.—Trabajando, me acercaba a la pulpería a piyarme un vino. hombre...

GAUCHO.—Ché chileno y tus negocios?

MIYON.—Muy bien, pues hombre... Ahora tengo un asunto.

GAUCHO.—Si ya sé, en el que vas a ganarte un miyón de pesos...

MIYON.—Claro si me titean... Es en la Patagonia.

WISK.—La vas a comprar?

MIYON.—Bueno con ustedes no se puede hablar... Pancho un coia e mono.

PANCHO.—A la minuta, del mono la cola...

ESCENA III

DICHOS y NATO.

NATO.—Buenas Miyon.

MIYON.—Hola Nato ¿cómo te vá?

NATO.—Paseando y piyando copetines.

MIYON.—Suertudo... Si yo pudiera pasear... Pero mis asuntos...

NATO.—Tenés muchos?

MIYON.—Unos cuantos, pero tengo uno sobretodo.

NATO.—Ah ya sé... Uno en el que te vas a ganar un millón de pesos...

(Va a reunirse con la rueda).

MIYON.—Que muchachos éstos... Tanto titearme y todavía me voy a ganar el millón que ellos dicen... ¿Pero como nó?... En la Patagonia... Pozos de petróleo en la Patagonia, ché Pancho dame otro... (Pancho le sirve).

WISK.—Te contó lo del miyón...

NATO.—Que se lo cuente a otro...

GAUCHO.—(Que jugaba). Otra papa a la olla. Pituco estas cargando... ¡Mudo lindo!

MUDO.—¿Que muñeca, ché!...

NATO.—Miramelo a Pajarito, ¡como viene! Con tal que no la vea a Zulma...

GAUCHO.—Otro caído... Otro de la patota aquella del Petit Salón. Te acordás Nato...

WISK.—Ahí se vá para el Salón de señoras, se va a encontrar con Zulma y el Bebe. Voy a buscarlo... (váse).

MUDO.—Que pavada ponerse así por una mujer... Es una idiotez...

GAUCHO.—¿Porqué? Una idiotez es pasarse la vida renegando de las mujeres. Por ellas los hombres son capaces de parar el sol. Por ellas robamos, nos queremos, nos odiamos, somos honrados o canallas...

ESCENA IV

DICHOS y PAJARITO.

PAJARITO.—Tenés razón hermano... Ellas son todo en la vida de un hombre... Muchachada linda... Gente buena ésta que reniega de las hembras. Lo más lindo que puso Dios o el Diablo bajo el sol... Che Pancho dame una manjata... Y si tienen en la cara dos ojos negros como abismos...

GAUCHO.—¡Pajarito!

PAJARITO.—¡Hermano! Voy a afeitarme... Quiero estar buen mozo para esta noche...

WISK.—¿Estás de garufa?

PAJARITO.—Después les voy a contar. Voy a ir al Pigall a escuchar tangos. Esta noche estoy de farra, quiero llorar con los tangos y con los recuerdos. Mi pena despierta con el tango, ese tango dormilón, triste acariciador. Despierta y llora, llora como un chico que ha perdido la madre... No soy yo el que llora, es mi pena que despierta... Yo siento sus lágrimas sobre mis carrillos... Lloro amargamente... que amargas son sus lágrimas... Por eso esta noche estoy de garufa. Copetines, tangos y recuerdos... Me voy a afeitar. (Medio mutis y al ver a Miyon). Que tal chileno.

MIYON.—Que decís Pajarito.
PAJARITO.—¿Qué estás tomando?
MIYON.—Probá es cola e mono, copetín chileno hombre.
PAJARITO.—(Tomando). Rico ché... Y vos que hacés.
MIYON.—Trabajando pues...
PAJARITO.—¿Y te vá bien? (toma).
MIYON.—Si ahora me enderese; tengo un negocio en la Patagonia...
PAJARITO.—Me voy a afeitár, después me contás como vas a hacer para ganarte el millón de pesos. (Váse. Risas).
GAUCHO.—Pobre Pajarito, es una sombra de lo que fué. Todo por esa mujer...

ESCENA V
DICHOS y DON CHARLES.

CHARLES.—(a Pancho). Whisky y soda...
WISK.—Mirenlo a Charles... Que tal Charles...
CHARLES.—Oh Wiskyto... como estás... vos Gaucho... yo andaba a Flogida y migaba las lindas muchachas, tratando de ancontrá en sus movimientos, en sus curvas, en sus migadas los últimos veggos de un soneto... Y págese, mentiga una muquer que es capaz de inspijá veinte madrigales no me ha gesulfado... Yo he creído que no estoy bian. He venido a tomag un wisky. (Toma).
GAUCHO.—¿Y ahora te saldrá?
CHARLES.—Ahoga sí... Casi segugo... (Medio mutis). Cómo te vá (a Miyon).
MIYON.—Muy bien Charles.
MUDO.—Decile a Miyon que te cuente un negocio que va a hacer en la Patagonia.
CHARLES.—¡Po favog! Ya me lo contó esta mañana en la galería Güemes... ¿Ese en el que se vá a ganag un millón?... Se los regalo... (Váse. Risas).

ESCENA VI
DICHOS y NOVITA.

NOVITA.—(Saludando). Buenas noches cóvenes... ¡Eh sí! ¡Novitá!... ¡Sempre novitá!
PITUCCO.—Que novitá tenés...
NOVITA.—Varia... ¡Eh sí! ¡Sempre novitá! A sacar lo dos clavo... dentrá este anillo a este abuquero... ¡Eh sí! ¡Sempre novitá.
GAUCHO.—A ver ché.
NOVITA.—Para que Vd. no compra nunca. Vd. compra yo enseño la novitá.
WISK.—Es cierto que vos sos de investigaciones...
NOVITA.—¡Eh! ¡Jem! Cosa, cosa de lo muchachos... Yo siempre ando per toda parte per ganarme uno peso nada más.
WISK.—¿Querés tomar un copetín?
NOVITA.—No... Non tomo nunca. Non compra una novitá nenguna?
GAUCHO.—No...
NOVITA.—Buenas... (a Miyon). Sempre novitá...
MIYON.—Gracias...
WISK.—Ché Miyon contale a Novitá el negocio ese...
NOVITA.—Addio... Sempre novitá... (váse).
GAUCHO.—Ni Novitá te aguanta.

ESCENA VII
DICHOS, BEBE y PAMPA.

BEBE.—Que tal muchachos...
GAUCHO.—Lo de siempre y como siempre. Piyando el copetín, jugando a los dados... haciendo un poco de historia... ¿Y vos?
BEBE.—Estoy harto de todo esto. Mañana doy una comida y me despido de estas cosas. Estoy harto del juego, de Zulma, de esta vida sin objeto, de todo.

GAUCHO.—Hacés bien. Si podés dispararle a Zulma, estás arreglado.
BEBE.—Dispararle ¿porqué? (pide una copa).
GAUCHO.—Porque es peligrosa... Muy peligrosa.
BEBE.—A buena hora voy a disparar...
GAUCHO.—¿Cómo? Ya...
BEBE.—Sí...
GAUCHO.—¡Hermano! ¿Otra vez?
BEBE.—Es una mujer fatal, terrible. Yo no sé lo que veo en el fondo de sus pupilas, es como un peligro y sin embargo me atrae... será mi sino... (toma).
WISK.—Así que mañana garufa de despedida?
PITUCCO.—¿Te vés al campo ché?
MUDO.—Yo voy a pronunciar el discurso de despedida.
NATO.—No te despedís nunca entonces.
PAMPA.—Yo me voy a acompañar a la patrona.
WISK.—Vamos a saludarla en corporación. ¿Dónde va a ser la cosa?
BEBE.—En el Petit Salóon. Mañana a las 9.
PITUCCO.—Pero adonde te vés ché?
BEBE.—Todavía no sé. Es una sorpresa. Mañana sabremos todos.
MUDO.—Vamos ché...
PITUCCO.—Vamos. (Vánse Pitucco, Wisky, Pampa, Nato, Mudo).
NATO.—Hay partida esta noche?
BEBE.—Sí. (Se van).

ESCENA VIII
MIYON, GAUCHO, BEBE, UNO.

MIYON.—(Tomando un copetín, pasa uno). ¡Hola!
UNO.—Que dice amigo... Yo de pasada...
MIYON.—Está bueno. ¿Dónde vá a comer ché?
UNO.—A cualquier bodegón...
MIYON.—Yo le acompaño... pero a la inglesa ché... Tenemos que hablar.
UNO.—Bueno.
MIYON.—Tengo que contarle un asunto colosal... (Tomándolo del brazo y aparte). A este se lo largo íntegro. (A Uno y saliendo). Las concesiones de terrenos en la Patagonia son hechas...

ESCENA IX
GAUCHO, BEBE y PAJARITO.

GAUCHO.—Loco lindo. ¿Qué te pasa?
BEBE.—Nada.
GAUCHO.—Bebe... Te has bandeado... Estás sin medio otra vez... Pensás en...
BEBE.—Sí... Silencio...
PAJARITO.—(Hablando hacia adentro). Que toque "Ojos negros". Un manjata Pancho. (Pancho hace el cocktail. Al ver al Bebe). ¡Hum!
BEBE.—Porque no me saludás...
PAJARITO.—Porque no nomás...
GAUCHO.—Pajarito ¿qué es eso? ¡Compadre!
PAJARITO.—(Acercándose). No te saludo porque me has quitado la felicidad, porque me has dejado huérfano, porque yo la quería y ella también. hasta que la mareastes con tus millones.
GAUCHO.—(Toma y pide otro). Pajarito ¿porqué vas a recordar eso Ha pasado tanto tiempo...
BEBE.—Dejalo Gaucho... Está borracho...
PAJARITO.—Estoy borracho como siempre, es la mejor manera de estar entre ustedes...
(Voz de Zulma).—¡Vamos Bebe!
PAJARITO.—Ella!... Vayan... vayanse...
WISK.—(Saliendo). Ché... ¡Ah!

PAJARITO.—¡Vayanse! (Empieza la orquesta a tocar).

GAUCHO.—Hasta luego. (vanse).

WISK.—Ché Pajarito vení mañana al Petit lo despedimos al Bebe, se ha fundido toda la moneda y se vá... (vase).

PAJARITO.—(Solo. Sonríe). ¡Se vá! (Pausa. Escuchando el tango "Ojos negros"). Bailando este tango la conocí. (Llora). Mi pena, que despierta y llora, llora como un chico que ha perdido la madre... Que amargas son las lágrimas. Pancho dame otro. (Mutación).

TERCER CUADRO

RESERVADOS DEL PETIT SALON

En el salón del frente se ven los muchachos sentados en la cabecera de una mesa. Hay un biombo que luego quitan. Gritos, cantos, etc.

ESCENA I

RAQUEL, VIEJO 1ro. y 2do., MOZO.

RAQUEL.—Este reservado está bien.

MOZO.—Pasen.

RAQUEL.—Quiénes están allí...

MOZO.—Está el señor Bebe Torres con varios amigos que le dan una comida despidiéndolo.

RAQUEL.—¿Despidiéndolo?

MOZO.—Así dicen.

RAQUEL.—Sin que nadie se aperceba en un momento oportuno le dirá que lo quieren hablar y me avisa. Que nadie se dé cuenta.

MOZO.—Pierda cuidado.

VOZ DE VIEJO 1o.—Raquelita.

RAQUEL.—Voy. (mutis).

VOZ DE WISK.—¡Fuera! Fuera! (Gritos).

VOZ DE ABAJO.—El 4...

ESCENA II

MAGDALENA, ENLUTADA, MOZO.

MOZO.—Por aquí señorita.

MAGDALENA.—Dígame mozo, el señor Torres?

MOZO.—El señor Bebe?

MAGDALENA.—Sí.

MOZO.—Está allí.

MAGDALENA.—Quiere tener la bondad de llamarlo?

MOZO.—Ahora esta al banquete de despedida. Esta con su muquer...

MAGDALENA.—Con su mujer?... ¿Despedida?

MOZO.—Sí con la señoga Zulma... Usted comprende sería un bochinche.

MAGDALENA.—Como... ¿Se vá? Y está con su mujer... Oh que vergüenza....

MOZO.—Si la señorita quiere que lo llame.

MAGDALENA.—Si llámelo. Donde es el reservado.

MOZO.—Aquí, pasen. (Hacen mutis). Me que potra tiene este señor Bebe. (Váse salón, sale con el Bebe).

ESCENA III MOZO y BEBE.

BEBE.—Pero que decís. (Borracho).

MOZO.—Pgimero le señorita Raquel... Pero esta otra señogita non se quien puede ser poque viene cubiegta y acompañada.

BEBE.—Dónde está?

MOZO.—En el 4... Allí. (Bebe váse 4).

(Se oyen cantos en el salón grande. Música).

ESCENA IV

ZULMA, MOZO, GAUCHO.

MOZO.—¡Oh mon Dieu!

ZULMA.—Ché francés... Dónde fué el Bebe...

MOZO.—Lo llamaron de abajo.

ZULMA.—De abajo. Te voy a dar. Decime porque sinó hago un escándalo.

MOZO.—Es la verdad.

ZULMA.—Me voy a meter en todos los reservados.

MOZO.—Señorita.

ZULMA.—Que señorita ni que macanas.

GAUCHO.—Que hay ché...

ZULMA.—Quiero saber donde está el Bebe... Lo han llamado de un reservao y quiero saber...

GAUCHO.—Que te vas a hacer mala sangre, es la noche de despedida.

ZULMA.—Pero yo estoy acá y no soy ninguna otaria.

GAUCHO.—Ahora vas a trabajar de celosa? Vení, vamos...

ZULMA.—Me vas a decir donde está...

MOZO.—Está con una señorita y una señora enlutada allí en el 4.

ZULMA.—Con una señora y una señorita? Vamos a ver.

GAUCHO.—No, no hagas macanas.

ZULMA.—Gauchó... Voy a hacer un escándalo.

GAUCHO.—Lo que vas a hacer es un papelón. Que empeño en demostrar celos que no sentís. Esa mujer es a lo mejor la prima del Bebe.

ZULMA.—Se va a venir acá la prima del Bebe.

GAUCHO.—Y porqué nó?

ZULMA.—Me querés agarrar de otaria?

GAUCHO.—Hacé lo que quieras. (váse).

MOZO.—Ah, no, señogita... Aquí no puede entrá.

ZULMA.—Mirá que...

MOZO.—Haga que quiera. (Zulma lo atropella a los gritos).

ESCENA V

DICHOS y BEBE.

BEBE.—(Saliendo). Que es eso? Zulma... estás haciendo el ridículo.

ZULMA.—El ridículo? ¿Conqué mujeres estás ahí... Quines son esas? (Aparecen los muchachos).

BEBE.—Callate la boca, no son tus iguales...

ZULMA.—¡Ah no! Serán las princesas reales.

BEBE.—¡Zulma!

ZULMA.—Pegame ahora.

ESCENA VI

DICHOS, MAGDALENA y ENLUTADA.

MAGDALENA.—Vamos... Si mama vamos.

ENLUTADA.—Canallas.

BEBE.—Tía...

ENLUTADA.—Callate canalla... No pronuncies ese nombre aquí... (Vánse.)

WISKYTO.—(Borracho a enlutada). Señora yo le voy a explicar.

BEBE.—(A Zulma). Y vos; ahora mismo te vas... Ahora mismo... (Se sienta con desaliento).

ZULMA.—Yo que sabía...

GAUCHO.—¡Vayan muchachos! (Todos se ván).

ESCENA VII

GAUCHO, BEBE y MOZO.

GAUCHO.—¡Bebe! Pasá tu última garufa. Esto tenía que ocurrir tarde.

o temprano. Cómo podías imaginarte que iba a quedar así... Pobrecita, la hiciste esperar, llenaste su corazón de ilusiones. Días, meses y años acciando su porvenir feliz... Cuando se cansa de andar... Cuando haga de nuevo su porvenir con su trabajo vendrá y te esperaba allá en su hogar... Ha tenido que venir aquí a buscarlo.

BEBE.—Eso se acabó también... Y bueno... Que me importa si esto se termina. Quiero hablar con Raquel la última vez... El mozo me dijo que ella quería hablarme. (Al mozo que pasa). Decile a Raquel que aquí estoy.

MOZO.—Bien señor. (Entra al reservado).

BEBE.—Gaucho andá... Cuidá que no venga nadie.

GAUCHO.—Serenidad hermano... (váse).

ESCENA VIII BEBE y RAQUEL.

RAQUEL.—¡Bebe!

BEBE.—¡Raquel! Aquí estoy...

RAQUEL.—Quería saludarte. Me dijeron que estabas de banquete de despedida... ¿Te vés? ¿Adonde?

BEBE.—No sé... No quiero saberlo todavía... Quiero hablarte todavía, la última vez... ¡Raquel! Es posible que no tengas de mí ni un grato recuerdo.

RAQUEL.—Te dije ya una vez como te quería.

BEBE.—Raquel, estoy pobre otra vez. La timba mi mala cabeza... ayudame...

RAQUEL.—Ah Bebe... Otra vez... Después de cansar de nuevo al destino me vuelves a buscar. Porqué no me seguiste a quella tarde de tu llegada...

BEBE.—Vos me dijiste... Te expresastes en una forma.

RAQUEL.—Te dije la verdad. Pero Bebe, tu crees que después de los años de abandono, a las primeras palabras tuyas porqué traías unos miles de pesos, yo debía creerte incondicionalmente? Y ahora que arruinado estás al borde del abismo me pides ayuda. Comprende que es un heroísmo al que no estoy preparada.

BEBE.—¡Que hacer Raquel! ¿Porqué te tengo cerca mío en los malos momentos?... Otra vez te pido ayuda.

RAQUEL.—Como aquella primera vez, pongo todo a tu disposición.

BEBE.—No, no es eso... A vos te quiero... Nos alejaremos. Todavía tengo algo... Viviremos el uno para el otro. Yo restauraré mi bienestar.

RAQUEL.—Para que al final la encontremos a Zulma en el camino.

BEBE.—No Raquel... los dos. (Pausa). ¡Conmigo!

RAQUEL.—¡Es tarde! ¡Raquel conmigo! ¡No! Raquel sola... Sola con sus recuerdos. (váse).

BEBE.—(Sacando el revolver). ¡Raquel! (Gritos, reacción).

WISK.—¡Fuera el biombo! (Sacan el biombo). ¡Mozo!

MOZO.—¡Señor!

WISK.—Que levanten la mesa para meterle al champagne y que suba un murguista a tocar. (Bravos).

PAMPA.—Che Bebe. Vení... (El Bebe entra).

GAUCHO.—Que hable Wiskyto.

WISK.—Si señores voy a hablar... Voy a hablar en el lenguaje de los poetas. (Le tiran servilletas y migas de pan).

GAUCHO.—Que hable el corazón... Que se agite la carnasa y diga de sus amores...

PAMPA.—Que se ponga el biombo, que embromar. (Gritos, se cierra la puerta).

ESCENA IX

DICHOS, PAJARITO y CANTORES.

PAJARITO.—Ustedes van a cantar cosas lindas como los tangos, que hacen llorar. Pelen muchachos y empiezen. Hagan gemir las bordonas como

un zumbido del pampero, esa guitarra que parece que tuviera en la caja una jaula de pajaritos... Canten muchachos... (Los cantores tocan un estilo, todos aparecen).

TODOS.—¡Pajarito!

BEBE.—Gracias Pajarito... (Le dá la mano).

PAJARITO.—Vine a traerles un poco de alegría nuestra... Alegría triste, melancólica hecha de milongas, vidalitas, estilos y tangos que hacen llorar.

WISK.—Métnle muchachos.

CARMEN.—Vamos adentro.

ZULMA.—Es claro.

MUDO.—Vamos ché... Que le metan en cualquier parte.

WISK.—Esperense que levanten la mesa...

PITUCO.—Métnle aquí no más.

(Cantores cantan).

GAUCHO.—Una sentida... Gauchasa, que me haga poner la carne de gallina...

WISK.—Champagne ahora.

PITUCO.—Que el Bebe nos dé la sorpresa.

ZULMA.—Ah sí... Eso es.

PAJARITO.—Una sorpresa ché?...

GAUCHO.—Cosas de estos... Vamos.

BEBE.—Si una sorpresa... Se van a reir cuando la vean...

PITUCO.—Vamos adentro ché... (Vánse todos).

WISK.—Y un tanguito... Cerrá la puerta. (Cierran. Se oyen los guitarristas. Gritos. La voz de Raquel canta el estilo del primer cuadro. Sale el Bebe, cierra la puerta. Oye el canto. Va a la puerta de su reservado. Decidido saca su revolver, le saca una por una cinco balas).

BEBE.—¡Y ahora!... ¡Todo al seis! ¡La vida al seis! (Gira el tambor y se apunta). ¡Raquel! (Sale el tiro y cae bañado en sangre. Cesa el canto. Salen todos. Raquel, que sale también, se arrodilla a su lado).

RAQUEL.—¡Bebe! (a Zulma). Tu hombre se ha matado y vos te quedás así... Si no lo querías porqué me lo quitaste... ¡Perra! Porque me lo quitaste. (La música lejana toca un tango).

TELON

Próximamente aparecerá el último libro de versos del
Dr. Belisario Roldán con un prólogo del **Dr. José Ingenieros**

Letanías de la tarde

Se reciben pedidos en la administración de **LA ESCENA**

PRECIO \$ 2

LA ESCENA

AUTORIZADA POR LA

SOCIEDAD ARGENTINA DE AUTORES

Abonados los derechos correspondientes

Precio en la Capital é Interior **0.30**

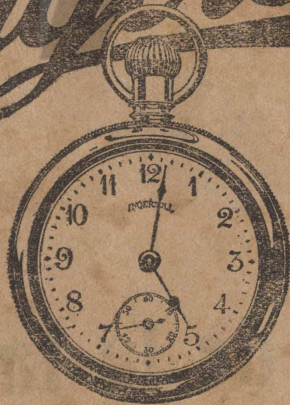
Pídase en todas las Librerías, kioscos. Subterráneo
y vendedores de diarios

Unico concesionario de la venta en la Capital

ALFREDO PAZOS

Bmé. Mitre 1464

Ingersoll



Pídale en todas las casas del ramo

Nuestras artistas bonitas y ECLATINE



Entre todos los productos de tocador prefiero "Eclatine". Su delicioso perfume y notable adherencia son inimitables.

Maria Santa Cruz

El atractivo que ostenta tu hermosura Los obtuviste porque te has empolvado
Y este matiz de sin igual albuza Con Eclatine que yo te he regalado
Cupido

Productos "ECLATINE"

Son tan puras é higiénicas las substancias que se emplean en la elaboración de estos productos, que el cutis se hermosea y suaviza rápidamente sin necesidad de masajes ni de otras prácticas molestas. Su variedad comprende:

Polvo ECLATINE

Caja encarnada \$ 1.20
Caja azul \$ 1.80

Jabón ECLATINE

Etiqueta encarnada \$ 0.45
Etiqueta azul \$ 0.80

Agua Blanca "ECLATINE" \$ 2.50

Casa Argentina
161 Suipacha 185 **Scherrer**

REPRESENTANTES:

En Montevideo:

SURRACO, REY y COLOMBO-Rincón 749

En Asunción - J. R. JACA, Colón 592